
VIAJES POR ANTIOQUIA EN EL AÑO DE 1880

FR. VON SCHENCK

INTRODUCCIÓN

A la lista de viajeros ilustres que llegaron a nuestro país en el siglo pasado ha de agregarse el nombre de Friedrich von Schenck, geógrafo, economista y escritor alemán de reputado prestigio. Sus obras fueron en aquellos tiempos obligada lectura para quienes quisieron conocer de estas tierras, desde las universidades y bibliotecas de la Europa central.

No intentamos aquilatar sus escritos, ni establecer parangones con otros visitantes contemporáneos suyos, que dejaron también páginas de apasionante interés sobre Colombia. Ya, al respecto, se expresó así el doctor Luis Angel Arango, cuando fijó el alcance y señaló las normas que han de seguir estas publicaciones, en la nota preliminar sobre el Archivo de la Economía Nacional:

“En ninguna manera, desde luego —dice el doctor Arango— queremos calificar la categoría de los autores, así sean nacionales o extranjeros. Muchos ocupan puesto de honor en los anales de la historia de la república y de la cultura universal. Otros por el contrario, se presentan para ser juzgados en vista del mérito de sus producciones”.

Los relatos de Humbolt, Bompland, Boussingault, entre otros, fueron sin duda poderoso acicate para selecto número de sabios que nos visitaron en la segunda mitad del siglo XIX. El empeño de algunos investigadores fue estimado por gobernantes extranjeros, deseosos de información sobre las posibilidades de estos territorios para ensanche del comercio y aprovechamiento de los recursos naturales.

No obedecieron los viajes de von Schenck, según datos tomados en respetables fuentes, a misión oficial ni mercantil. Parece que este hombre de relevante posición económica y social en su patria, lo movió a escudriñar nuestro ambiente cultural y geográfico su afán científico y su inquietud de viajero y agudo observador.

Vino en la época en que Colombia se debatía entre las guerras internas, en un doloroso proceso de formación civil con su secuela de ruina y desorden. Llegaba de la Alemania imperial y triunfante que consolidada la paz de Frankfort, fijaba la atención en otros continentes para el mercado de su creciente industria.

El contraste de dos mundos de tan dispares conceptos sobre la organización del Estado y de la vida en general, se hace notorio en las apreciaciones de este escritor, mas no le impide adentrarse y adaptarse a un medio extraño, anotar con simpatía algunas características, si bien critica acerbamente la apasionada lucha política, se detiene en el estudio del anárquico régimen monetario, cae en error al extender los defectos de pequeños grupos humanos más allá de su reducido ámbito, se deslizan asimismo en sus páginas

apreciaciones que el tiempo ha desvirtuado, pero describe siempre con vigor y colorido el cuadro natural –la geografía y el hombre –hace acotaciones de gran interés científico y llega en veces a la admiración que se traduce en párrafos como el dedicado al Salto de Guadalupe o al espíritu emprendedor del antioqueño.

El Banco de la República ha querido revivir la relación de los viajes de von Schenk e incorporarla al Archivo de la Economía Nacional gracias a la traducción que de ella hizo el geógrafo y compatriota del autor, profesor Ernesto Guhl, revisado por el departamento de Investigaciones Económicas del Banco. La versión a nuestro idioma fue hecha directamente de la autorizada publicación del Instituto Geográfico Justus Porthes –Gotha, Alemania –que en el tomo 29 editado en 1883 incluye estos viajes por Antioquia con mapas ilustrativos y un comentario sobre la interpretación de las alturas tomadas en Colombia por von Schenck, debido a la pluma del célebre matemático doctor Zöppez.

La traducción de la obra y su divulgación es un aporte de señalado interés a nuestra historia económica. Si su lectura exige sobre algunos aspectos las reservas aludidas, en conjunto es valioso documento que ilustra realidad actual de gran parte de las regiones descritas.

En efecto, algo más de 70 años –casi la vida media de un hombre en determinadas zonas –a través de narraciones que para otros pueblos son historia contemporánea, para las nacionalidades jóvenes de América tienen cariz de antigüedad, debido quizás a que ellas ha experimentado más bruscamente las grandes transformaciones mundiales de la ciencia y la tecnología en el presente siglo. Para ratificar lo dicho, bastaría la lectura de estos viajes accidentados y difíciles, a lomo de mula, atravesando a nado los ríos, deteniéndose en primitivas posadas, y comparar todo ello con las comodidades que ofrecen actualmente los modernos sistemas de transportes; muchos de los villorrios convertidos en modernas ciudades, y en fin, el advenimiento de las industrias y la prosperidad económica a los lugares que visitó por allá en 1880 von Schenck.

No sería superfluo, antes de terminar notas, destacar una vez más la lección que nos dejan las lecturas referentes a un pasado del cual muchos de los problemas que plantea el escritor son todavía motivo de preocupación patriótica, y por otra parte, dan la medida del esfuerzo hecho por un pueblo para superar esas etapas, ya que el anhelo de prosperidad del colombiano y la consiguiente inconformidad lo llevan a dar mayor énfasis a los propios defectos que a las satisfactorias realizaciones.

Eduardo Santos Rubio

Bogotá, 19 de febrero de 1853

VIAJES POR ANTIOQUIA EN EL AÑO DE 1880

Durante la segunda mitad del año de 1880 tuve nuevamente la oportunidad de realizar un viaje por este interesante país montañoso, y de conocer mejor sus diferentes regiones. Esta vez fui equipado con los instrumentos necesarios, y así pude tomar alturas barométricas y realizar levantamientos topográficos, que agrego al final de este informe. Los conocimientos obtenidos sobre el territorio, que se consignan en este informe, pueden aún ser ampliados, aclarados o corregidos. Es por eso recomendable que competentes exploradores dediquen su atención a Antioquia, especialmente a las regiones fronterizas, como son las vertientes septentrionales de la Cordillera Centro-Occidental, en la misma forma en que lo hicieron en tiempos anteriores Reiss y Stubel, entre otros, con los Andes del sur de Colombia y el Ecuador. Quiero aquí señalar solamente las regiones de Penderisco y San Jorge, y las montañas al noroeste de Remedios.

EL RÍO MAGDALENA

Después de prolongados viajes por las islas Canarias, en las Indias Occidentales y por Venezuela y la Costa de Colombia, me embarqué el 29 de junio de 1880 en Barranquilla, en el vapor Isabel, perteneciente a una compañía alemana de navegación a vapor, con destino al alto del Magdalena. Las condiciones de navegación no han tenido ninguna mejoría desde mi primer viaje (1878), pero sí encontré el lecho del río, y especialmente el canal navegable, cambiado, sobre todo arriba del Magangué. En todas partes nuevos playones y nuevas islas. En una orilla, grandes extensiones de aluviones. Tanto durante el viaje de subida, como en el de bajada en el año siguiente, me esforcé en hacer los levantamientos del río lo más exactos posible; comparando los dos después de diez meses cortos se observó una considerable diferencia. Esto explica por los numerosos desastres que ha tenido y tiene la navegación en el Magdalena, los cuales indican la urgente necesidad de una regularización del río. Después de mucho tiempo, durante el cual de una manera típica en estos países, se trató de ahogar en un río de tinta y en un mar de panfletos la dificultad de la navegación, que en definitiva no pudo navegarse (sin olvidar los discursos sabios de hombres competentes en Asambleas y Congresos), se dieron en el tiempo en que estuve en Barranquilla los primeros pasos serios para la iniciación de los trabajos más urgentes. Se había creado la Junta Directiva de la Canalización del río Magdalena, compuesta de representantes del Gobierno y de las plazas comerciales más fuertes de Bogotá, Medellín y Barranquilla; esa Junta cerró contrato con un ingeniero americano para la limpieza del río, eliminando los grandes troncos enterrados en la arena o anclados allí. Este ingeniero (un antiguo oficial de

Baviera, de nombre Striedinger que ya tenía fama como dirigente de los famosos trabajos de exploraciones, en Hell Gate cerca de Nueva York) se encontraba en Barranquilla, ocupado en la regulación de un caño del Magdalena, que sirve a la ciudad como puerto. Pero desgraciadamente, en las repúblicas Hispano-Americanas estos importantes proyectos fracasan por falta de recursos financieros. En el año de 1881 encontré al señor Striedinger todavía en Barranquilla, condenado a la inactividad, debido a la falta de las subvenciones que se la habían prometido. Ahora ya no se habla de la limpieza del Magdalena pero sí de una serie de desastres en la navegación, que sigue siendo tan irregular y peligrosa como antes.

También la entrada directa de grandes barcos marítimos a través de Bocas de Ceniza, hasta Barranquilla, se acabó casi completamente. Rara vez pasan los vapores y veleros de la Compañía Atlas la barrera en Bocas de Ceniza, que exige cada año sus víctimas. Para llevar ganado y maderas a Cuba. Un nuevo intento de navegación a vapor en el alto Magdalena también fracasó. El vapor Tolima, destinado para esta nueva línea, llegó en el año de 1880 con mucha dificultad hasta Neiva, y durante el viaje el conocido explorador doctor Crevaux levantó un plano detallado de esta parte del Magdalena. Ya de regreso y debido a una inesperada baja en el nivel del río, el vapor encalló cerca de Natagaima; allá se quedó 5 meses, hasta cuando una creciente se lo llevó. Desde entonces se abandonó este proyecto. La navegación en el Brazo de Mompós, antes del brazo principal del río, ha terminado por completo; así que en todas partes la situación ha desmejorado. Debido a la situación de esta vía, única que puede servir para el comercio de exportación, Colombia está condenada por largos años a un estancamiento económico. No vale la pena analizar aquí los más o menos absurdos proyectos sobre construcción de ferrocarriles en tiempos recientes. Damos cuenta solamente de la línea Bogotá-Honda, empezada en el año 1873, y cuya parte inferior está terminada desde Honda hasta cerca de Guaduas, pero entonces su continuación fue suspendida y no se sabe si para siempre. No obstante que el país disfruta un período de paz ya de muchos años, y de que se han extendido notablemente los cultivos de café, la situación económica de Colombia no ha mejorado. Especialmente desde principios de 1882, comercio y producción están completamente caídos, y no se encuentran síntomas o esperanzas de una mejoría.

Las orillas del bajo Magdalena, río arriba hasta Magangué, son relativamente bien cultivadas y pobladas. A lo menos hay pocas extensiones donde la vivienda y el trabajo del hombre no sean visibles. Además de las plantaciones de caña, plátano, yuca y maíz que se cultivan aquí para el propio consumo, que casi nunca alcanzan las dimensiones económicas de una hacienda grande, se ven extensos potreros con numeroso ganado. El pueblo de Tenerife, situado sobre la terraza de cierta elevación directamente en la orilla del río, es un importante centro ganadero. A Tenerife es donde se lleva el ganado de los maravillosos

potreros del rico Valledupar, con destino a Barranquilla y Cuba. En las revoluciones que estallaron entre 1850 y 1860 la ganadería de este valle fue casi completamente arruinada, pero hoy está otra vez en prosperidad. La alimentación principal de los habitantes del río Magdalena es: el plátano, panela (azúcar sucio de color marrón) y maíz, más la rica pesca, y en partes un cacao de excelente calidad. En los años buenos se obtienen tres cosechas de maíz, la mayor en el mes de octubre. La producción de plátano y panela, que no se consume en el mismo lugar, sale de los mercados de Magangué y Mompós hacia Barranquilla y Cartagena, pero nunca hacia el exterior.

Sobre la orilla izquierda se encuentran los pueblos de Zambrano y Jesús del Río, como puntos finales y puertos de unos caminos completamente abandonados, que vienen de las sabanas del Carmen, y por los cuales se transporta el tabaco que se cultiva en esta región y que se exporta casi exclusivamente hacia Bremen. Ciudades y pueblos (de algún desarrollo) no se encuentran en la parte central del río Magdalena, excepto Magangué, que tiene cierta importancia gracias a los grandes mercados que se realizan allí tres veces por año (en los meses de febrero, junio y septiembre), y a que es puerto fluvial del importante y rico distrito ganadero de Sincelejo. Más arriba de Magangué desaparecen los pueblos, y los que traen los mapas no son sino caseríos con 10 a 30 ranchos, o únicamente lugares donde los vapores se aprovisionan de leña para las calderas. En estos sitios viven dos o tres familias de negros que tumban los árboles en los alrededores de algunos centenares de pies, y venden la leña a los vapores en cantidades por burros, de los cuales cada uno vale entre 6 y 12 reales. El burro es una medida para la leña, usual en Colombia, y que equivale a la cantidad que puede llevar un asno, y coincide más o menos con un metro. Hay que reconocer que este precio de la leña, aquí mismo en la selva, es exageradamente alto. Un vapor grande consume durante un viaje regular más o menos entre 1.000 a 1.200 burros, los cuales recogen entre 15 a 20 leñeras.

La población de estas selvas se compone casi exclusivamente de negros y mulatos, cuyo aspecto físico poco agradable, en muchos casos es peor aún por la obra del carate, que mancha la piel completamente. En la parte alta del río se encuentra con frecuencia la desastrosa lepra; la causa de esta enfermedad la ven las clases bajas en el exagerado consumo de pescado. En las ardientes, con una temperatura de 27° C (según Boussingault) por la acción de las fiebres no prospera el hombre blanco, y lo mismo el tipo de indio se encuentra rara vez. La raza que domina allá no respeta las formas de la sociedad civilizada; ella vive en condiciones muy primitivas. La autoridad de los jueces y alcaldes es prácticamente nula, y se les nombra para llenar una formalidad. Del catolicismo sólo quedan algunos restos no muy claros en la conciencia de esta gente. En la parte central del Magdalena todavía existen algunas iglesitas de los tiempos españoles, semidestruidas, pero raras veces llega allí un sacerdote; lo mismo ocurre en los malsanos llanos del Cauca y

del Casanare. No cabe duda que la vida entre estos semi-salvajes es mucho más insoportable que entre indios naturales que no han tenido contacto con la civilización, siendo más fácil ejercer entre ellos una labor de catequización. Una consecuencia de la escasez de sacerdotes es aquí el hecho de que las parejas viven casi en unión libre.

Mientras más escasa es la población, más densa se presenta la selva, y esto se nota a medida que uno se acerca a la boca de Tacaloba, donde el Cauca desagua en el Magdalena. Aquí ya enrarecen los cultivos y los potreros. Un poco abajo de la desembocadura, en la orilla izquierda, el Magdalena mostró una vez más toda su fuerza destructora; mientras pasaba La Isabel, cayeron poco a poco 20 altos guayacanes y otros árboles con el pedazo de la tierra donde habían crecido, y el río se los llevó con la corriente en violentos torbellinos.

El guayacán, cuya madera después de poca permanencia en el agua se vuelve dura como el hierro, es exportado para hacer durmientes, hacia Cuba y Costa Rica. El guayacán se encuentra en el valle del Magdalena en muy grandes cantidades; además existe en gran número la palma de vino, cuyo jugo usan los teguas negros como medicina eficaz contra la esterilidad de las mujeres. Cerca de las aguas se encuentra la no muy alta palma de tagua cuyo fruto representa hace años un importante artículo de exportación de Colombia. Desgraciadamente, el instituto natural de destrucción hacia todo lo que es madera y bosque, característico de la raza española y de sus mezclas, está acabando con ella. Los peones acostumbran tumbar la palma apenas por encima de las raíces, para recoger así más cómodamente las nueces, muchas veces no maduras, que se encuentran entre las chamizas de la palma. El mismo procedimiento se aplicó con el caucho, con la quina, y las consecuencias de este método bárbaro de explotación se hace sentir no sólo desde entonces. El material para los techos lo suministra en muchas partes del Magdalena y de la Costa, la palma chingalé, no obstante ser extremadamente inflamable, lo que explica los muy frecuentes incendios, como en San Juan de Ciénaga, cerca de Santa Marta y en los caseríos de la Sabana del Carmen en el Estado de Bolívar.

Menos inflamable es la hoja de la Palma Palmiche, y más seguro es aún el bambú (Enea), por lo cual su uso se ha generalizado en Barranquilla. El cedro falso es muy escaso en la parte inferior del río. Con mucha frecuencia se encuentra el árbol campano, y su madera elástica es usada para la construcción (costillas) de barcos y canoas. El follaje se presenta únicamente sobre las ramas exteriores de la muy amplia copa en forma de paraguas. Y parece de la familia de los samanás de Venezuela por su gran identidad con ellos.

Al atardecer del primer día de viaje pasamos a Calamar, desde donde arranca el Canal del Dique de Cartagena. Esta canal, que data de los tiempos de la colonia, quedó completamente abandonado y destruido

durante la deficiente administración republicana; ha sido objeto de muchas disputas en los últimos años, entre los rivalizantes puertos de Barranquilla-Sabanilla y Cartagena. Para impedir la continua disminución año por año, en el comercio de Cartagena, la Reina de las Indias Occidentales (hoy todavía canta el patriota de Cartagena “Viva Cartagena de los marea reina”), y para fomentar de nuevo el comercio, por medio de la desviación de la navegación fluvial de Barranquilla hacia Cartagena, se había pensado en la reapertura del Canal del Dique que desemboca en la maravillosa bahía de Cartagena. Tanto la Asamblea del Estado de Bolívar, como el Congreso de los Estados Unidos de Colombia, votaron para este fin un auxilio. Los trabajos empezaron en el año de 1878, con algunas interrupciones, y en forma lenta continuaron hasta el año 1880. En este año el gobierno de Bolívar contrató un ingeniero holandés, el señor Albers, quien había participado en los trabajos preliminares del Canal de Panamá. Pero este señor pronto se dio cuenta de que la realización de la obra era imposible con los medios que tenía a disposición, y con su repentina muerte el trabajo quedó del todo paralizado. Además, como los dineros disponibles ya se habían gastado, se desistió por lo pronto del proyecto. Con esto también fracasó el plan de los americanos, que consistía en desviar la navegación fluvial de Barranquilla hacia Cartagena, con lo cual se provocaba la ruina de las grandes casas alemanas de aquella ciudad, a tiempo que se facilitaba orientar y dirigir por completo el comercio exterior de Colombia hacia los Estados Unidos.

Gracias al buen caudal de agua y al cielo desnublado pudimos viajar durante la primera, y gran parte de la segunda noche. Río más arriba, eso ya no es posible, debido en parte a la poca profundidad, y en parte a los troncos navegables. En la tarde del 30 de junio pasábamos por Magangué. Desde aquí, hasta el pueblecito de Barranco de Loba (cerca de El Banco), toda esta región plana es poco poblada. Predominan los potreros con manchas de guarumos, palmas de vino y bambú, a lo largo del Cauca, y más tarde en el Brazo de la Loba en ambas orillas, solamente interrumpido por muchas ciénagas y anegadizos. Debido a la enorme sedimentación del brazo principal de Mompós, los vapores usan únicamente el Brazo de la Loba que es estrecho y profundo. Cerca del Guanál, donde se reúne con el Cauca, su anchura alcanza un máximo de 150 pies. Más o menos tres kilómetros abajo del sitio donde el río se divide en dos brazos, el de Mompós y el de La Loba, y cerca del caserío Juana Sánchez, se encuentra la única parte peligrosa en este brazo, representada por una roca que se halla casi en el centro de la corriente. Frente a Juana Sánchez arranca un caño con dirección sur, que lleva a la Minas de Plata de San Martín de Loba recientemente descubiertas (medio día de viaje).

En la mañana del primero de julio La Isabel llegó a El Banco. El pueblo está situado sobre una terraza elevada en la boca del río Césare que tiene aquí una anchura de unos 150 pies. Se elaboran aquí esteras de

muy buen gusto. Humboldt observó aquí, que las mujeres dedicadas al trabajo de cerámica comían tierra igual a los otomanos. Durante mis cuatro, pero muy cortas visitas a El Banco, traté de obtener algunos datos concretos sobre esta mala costumbre, pero como nadie sabía nada de esto, no podían darme datos positivos. En el pueblo Atillo de Loba donde se produce mucha cerámica y donde se encuentra una arcilla grasosa, la precisa para despertar el apetito, tampoco nadie pudo dar información sobre esa costumbre. Pero si alguna vez en esas comarcas existió la pésima costumbre de comer tierra, tal como lo observamos en el delta del Orinoco, entonces su completa o casi completa desaparición marca un muy notable avance cultural.

Desde El Banco el paisaje se torna más montañoso. Frente a Tamalameque, detrás de las estribaciones o contrafuertes de los Andes, se levanta la negra y muy pendiente pared de la Cordillera de los Andes a alturas considerables (cerro Bobalí 2.055 metros). Entre El Regidor y La Gloria (que es el puerto del distrito Carmen de Santander y pertenece a Ocaña), se realiza la unión de los dos brazos principales del Magdalena, llamados Brazo Morales y Brazo de Ocaña. Hasta hace 20 años los vapores usaban exclusivamente el primer brazo; desde entonces para acá se usa únicamente el último. El brazo principal está obstruido por una fuerte sedimentación. La entrada al puerto de Morales ya no tiene objeto, después de la desaparición de los antiguos y grandes cultivos de tabaco de esta región. La importancia de Puerto Nacional sobre el Brazo de Ocaña aumenta de año en año, debido al progresivo cultivo del café, y a la exportación de la quina en este distrito de Ocaña. A Ocaña misma se llega después de un viaje de un día y medio desde Puerto Nacional. Este último pueblo que se llamó antes Puerto de Ocaña, se caracteriza, tal como lo anotó Humboldt, por una temperatura excepcionalmente alta.

Cerca de la desembocadura del río Lebrija, y más arriba de la misma donde el río se bifurca en los antes nombrados brazos, se acerca en la orilla izquierda una cadena secundaria de montañas de poca elevación y ondulada, hasta la distancia de 10 kilómetros. Detrás de ella se eleva a alturas considerables la cordillera, todavía casi desconocida, entre los ríos Simití y Nechí, coronada por la pirámide puntada de la Teta de San Lucas. De aquí hacia arriba la población es cada vez más escasa, y hasta los pequeños caseríos se vuelven raros, y sólo en ranchos solitarios viven unos negros semi-salvajes. La desigualdad de la corriente del río crea enormes dificultades a la navegación; el canal navegable se torna a veces exageradamente estrecho, debido a innumerables caños laterales que se separan del río, y que vuelven hacia él después de largos recorridos, o se pierden en un caos de ciénagas y caños muertos. El otro aspecto del río es una inmensa superficie de agua, casi sin horizontes, en la cual se encuentran regadas islas y bancos de arena, como por ejemplo arriba de Badillo, en la vuelta del Durú, cuya anchura calculo en 5 kilómetros. La extensión

de las crecientes periódicas y de sus sedimentaciones, es fácilmente reconocible en la vegetación que se eleva aquí en forma de grandas: detrás de la desnuda arena empieza una tierra de gramíneas completamente limpia y sin arbustos; detrás de esta faja sigue un cinturón de matorrales entretejidos con guarumos, que al parecer se desarrollan especialmente bien sobre tierras aluviales recientes; detrás de esta faja empieza la selva alta y espesa. Legiones de caimanes están descansando sobre los bancos de arena, y desde el barco son saludados con una granizada de balas de revólveres y carabinas Remington. En los matorrales bajos se ven de vez en cuando jabalíes y si el vapor se acerca mucho a la orilla, entonces se ven pequeños monos que miran asustados desde las copas de las ceibas y cedros. Entre los pájaros se destacan especialmente grandes cantidades de guacamayos de muy vivos colores, y una especie de garzas blancas, que se llaman aquí falsamente gaviotas. En la parte media del río no se encuentran mosquitos en cantidades tan espantosamente grandes como más abajo del Puerto Nacional; pero sí son suficientes para que el maltratado viajero piense con envidia en los viejos y buenos tiempos cuando el zancudo, *Culex Cyanopterus*, todavía era desconocido en el Magdalena. La invasión de este tigre entre los mosquitos data según Humboldt del año de 1801.

En la desembocadura del río Sogamoso, el Magdalena se llevó durante una creciente todo el pueblo. En la boca del Opón, que tiene unos 100 pies más o menos de anchura, vimos unas cuantas canoas con nueces de tagua, que se encuentran con mucha frecuencia en el alto Opón. La carga compuesta de tres barriles de 100 libras se paga con 8/10 pesos 6-7, igual a 9.20-22.40 marcos (oficialmente en Colombia la moneda es el peso fuerte de 10 reales y de 10 centavos (signo 10/10 peso) igual 4 marcos; pero en la vida real se usa todavía el viejo sistema de pesos sencillos o pesos de Macoquina de 8 reales (signo 8/10 pesos)= 3.20 marcos. Los recolectores de las nueces de tagua sólo se atreven, debido al miedo que tienen de los indios, a navegar en el río Opón 15 leguas hacia arriba.

Desde el pueblo de San Pablo, la orilla del Magdalena pertenece al Estado de Antioquia, y el primer camino que viene del interior de este Estado, desde el distrito de Remedios, donde se encuentran muchas minas de oro, alcanza al río Magdalena en el pequeño caserío de Murillo. Después sigue Puerto Berrío, punto de salida del ferrocarril de Antioquia. Debido a extensos desmontes de las selvas que rodean el pueblo, éste se ha vuelto algo más sano, pero al parecer los trabajos del ferrocarril están definitivamente destinados al fracaso. Solamente una extensión de 13 millas inglesas, hasta la quebrada Calera, estaba terminada. En el momento los trabajos se habían suspendido, porque los antioqueños se dieron cuenta de que la realización de esta obra superaba sus fuerzas; y por eso se estaba discutiendo la posibilidad de construir, aprovechando la parte del ferrocarril terminada, un camino más cómodo hacia la capital del Estado, diferente al actual

camino de Nare. Se resolvió por lo pronto continuar el carretable ya existente de Medellín a Barbosa (en el valle del río Porce) hasta Santo Domingo; de allá se debería construir un camino de herradura, que pasando por el caserío La Plata se prolongara hasta el punto final del ferrocarril. Este camino tendría la ventaja de una pendiente mucha más suave que el viejo camino por Nare. Los trabajos ya habían empezado, pero los viajeros todavía tenían que usar el camino antiguo.

En Puerto Berrío ví por primera vez un sistema muy original, práctico y común en estas tierras para el transporte de niños pequeños, que sirve tanto de vehículo como de cuna. Un viajero del interior que llegó a bordo llevaba sus bebés en grandes jaulas de pájaros, que estaban tapizadas, en las cuales encerrados los jóvenes ciudadanos, pasaban muy bien el viaje llevados en la espalda de peones, desde Amalfi hasta el Magdalena. En el barco las jaulas se colgaban en el techo, y con el movimiento del barco estas empezaban a moverse y asumían la función de una cuna, librando al práctico padre toda preocupación por el sueño de sus niños. Probatum Est!

Nos estábamos acercando a la Angostura de Nare, que es un sitio donde las rocas apenas permiten al río una anchura de 250 a 300 pies. En los tiempos del dominio español se realizaban aquí revisiones de pasaportes y de aduna; afortunadamente Colombia ya no conoce esta molestia. Después de haber pasado sin accidente la Angostura del Nare, la Isabel llegó el 5 de julio a Puerto Nare, para seguir el mismo día el río Nare arriba hasta la bodega de Islitas, donde inicié el viaje por tierra hacia Medellín.

VIAJE DESDE EL RÍO MAGDALENA HACIA MEDELLÍN TIERRA Y HOMBRES DE ANTIOQUIA

Al principio del siglo existió solamente un camino en pésimas condiciones que llevaba a Medellín, y que arrancó en Juntas, una bodega y fonda ya olvidada, y se encontraba en la confluencia del río Samaná con el Nare y seguía por Canoas, Guatapé y el Peñol. El actual camino que arranca desde Nare, pasa por Canoas, y desde aquí toma una dirección más al sur, entra en el hermoso valle de San Carlos, y deja al Guatapé a la derecha. Pero también este camino, por el cual llegué a Medellín en 7 días de viaje a caballo (inclusive un día de descanso en el Peñon), es sencillamente espantoso.

Un avance de la colonización con dirección hacia el Magdalena, al parecer, no se ha realizado sino en muy pequeña escala, desde que vi estas comarcas en mi último viaje en el año de 1878. Todavía esta región entre el río Nare y San Carlos está muy escasamente poblada; en todo caso menos densamente de lo que

parece a primera vista al viajero. Engañan las muchas rozas en el monte, que se explican por lo que el antioqueño sólo siembra una o dos veces el maíz sobre el suelo del monte quemado, ya que la segunda o la tercera cosecha sobre esta roza no lo satisface ya, y por eso la abandona para trasladarse a otro sitio y repetir el mismo procedimiento. La siembra del maíz en esta región se realiza en el mes de septiembre, y la cosecha se obtiene cuatro meses más tarde. En los meses de marzo y abril se efectúa una segunda siembra, que se llama en Antioquia la traviesa. El maíz es el producto más importante de estas montañas. Donde no se da el maíz, tampoco se da el antioqueño. Del maíz preparan su alimentación básica y preferida: la arepa (son panes o ponqués redondos con sal y levadura), preparada de granos de maíz sancochados en un mortero de madera, y la mazamorra (masa de maíz cocida en leche o agua); choclos (mazorcas viches, tostadas), estos últimos son el dessert. Si además tiene su tacita de chocolate con queso, y su plato de frijoles, más su tasajo o carne picada, que es carne secada en el sol y molida entre piedras, entonces es el hombre más feliz del mundo, sin aspiraciones a otra alimentación. Los antioqueños son un pueblo fuerte, laborioso y serio; a ellos pertenece el futuro de Colombia. Ya Boussingault admiró su fuerte constitución. Después de haber visto los mulatos flojos y los gastados habitantes de las tierras bajas, las figuras altas y atléticas de los habitantes de la montaña, y sus mujeres bonitas y de sanos colores, representan un muy agradable aspecto. La vestimenta es sencilla; los hombres llevan pantalón y un saco de manta, que es una tela de algodón, sombrero de paja, jipijapa, que se elabora en el país (Aguadas y Sopetrán entre otros) de la hoja de la palma Icara, más la ruana (en el resto de Sur América llamada poncho) y el indispensable carriel. Las mujeres llevan faldas cortas, y los mismos sombreros que los hombres; el pelo les cae en dos largas trenzas sobre la espalda; las que están con condiciones económicas de comprarse el pañolón de merino negro con largas mechas de seda negra, lo tienen. Las muchachas pequeñas con frecuencia usan la montera, que es una cachucha de lana. Todo el mundo anda descalzo. También el rico habitante de la ciudad de Medellín, Antioquia o Manizales, que acostumbra en su casa el cubilete y sacoleva, y su señora, que está contagiada de las modas de París, y que absurdamente usa polvos en su faz bonita, todos ellos se ponen para los viajes y para el campo el traje típico nacional. Solo los zapatos no los dejan.

La corrupción, que ha contagiado ya hace tiempo a todas las clases de la población en los países de América del Sur, aquí todavía no ha entrado, y el forastero está asombrado, de encontrar bajo estas latitudes ardientes, costumbres casi puritanas. Todavía la vida familiar es ejemplar y el sentido de la familia fuertemente desarrollado. Voluntariamente los numerosos hijos aceptan la autoridad del padre (matrimonios con 15 a 20 hijos no son aquí ninguna excepción).

En los campos el rosario de la tarde reúne a toda la familia alrededor de su jefe, y también en las ciudades esa costumbre todavía es muy cultivada. Las relaciones no legítimas son escasas, y en el campo casi desconocidas. Los matrimonios se realizan a temprana edad, quizá demasiado jóvenes, y padres de 17 años y madres de 15 años son muy frecuentes. Solterones caprichosos casi no existen, y provocan el disgusto de toda la gente de bien, y se niega a éstos sencillamente el derecho de la existencia. Respecto a este fenómeno, el historiador Restrepo dice lo siguiente: “el solterón es en Antioquia una excepción, un fenómeno, una especie de meteorito, y las madres lo muestran a sus hijas como un animal monstruoso y excepcional”. Esta sana vida familiar no deja de influir sobre el número de crímenes y robos, que en Antioquia debe ser bastante menos que en los demás Estados. Desgraciadamente no existen bases seguras para opinar en este sentido, porque la estadística criminal se encuentra en Colombia todavía en pañales, y hasta ahora no ha producido sino datos sin valor; además en los Estados negros (Cauca, Magdalena, Bolívar) sólo una mínima parte de los crímenes es conocida y juzgada por la justicia. En Antioquia la justicia se ejerce bien, pero no tiene mucho trabajo. La causa de tantos crímenes, el alcohol y su borrachera, no está tan extendida como en los Estados hermanos; solamente hace algunas decenas de años se encuentra en las ciudades más grandes (y aquí desgraciadamente entre los cachacos o jeunesse dorée), y en las colonias antioqueñas, o en las regiones limítrofes de los Estados Cauca y Tolima. Se usa para tal fin el horrible coñac, que está envenenando a toda Sur América, y especialmente el anisado, que es un aguardiente destilado de la miel de la caña, mezclado con anís. Las crecientes entradas de las rentas de licores, fuente principal de las finanzas del Estado, son producidas especialmente por las grandes ciudades. La venta de aguardiente, que se hace por distritos y se da a quién más ofrezca, dio el siguiente resultado:

Año	1865 – 1869:	10/10 pesos	356 361,35
	1869 – 1873:	10/10 “ “	714 641,57
	1873 – 1877:	10/10 “ “	846 695,17

Datos más recientes no existen, pero el crecimiento de las entradas se pueden establecer; los hombres responsables no ven sin temor el progreso de este vicio.

La prostitución que se efectúa en las calles de Bogotá, sin temor ni castigo en medio de grandes orgías, que tiene como víctimas no sólo entre las clases bajas, aquí en Medellín todavía rehusa la luz del día, y se esconde en las cuevas apartadas de los barrios mal afamados de Guanteros y Chombimbo. En los tiempos del régimen conservador (hasta el año de 1877), tampoco encontraron en estos barrios acogida. El

presidente Berrío fundó en las selvas malsanas entre el río Nus y San Bartolomé, la Colonia Penal de Patiburú, a donde se deportaban, sin excepción, todas las prostitutas del Estado.

La economía es una característica del antioqueño, y sus vecinos la interpretan muchas veces como tacañería, lo mismo que su facilidad para los negocios la atribuyen a una fuerte invasión judía y de moros en el siglo XVII de España. Tal vez es exagerado decir que la economía y el trabajo han proporcionado al campesino antioqueño un elevado bienestar; pero la desnuda pobreza en el campesino es rara, y en algunas regiones con buenos sueldos sí existe la riqueza y el bienestar. Así por lo menos en el valle del alto Porce, el lindo cañón de Medellín. Fácilmente engaña aquí la apariencia al viajero forastero, que debido a la poca permanencia, no se puede formar un concepto real de la situación. El campesino mal vestido, mal alimentado, y que vive en ranchos infelices en el interior de Colombia, generalmente es acomodado; sólo aquí, en el país de la libertad y de las guerras civiles, tiene toda la razón de aparecer lo contrario, y así le confía sus ahorros a la madre tierra. Esta costumbre de enterrar sus ahorros ha vuelto maestros a los indios en el Tolima y Cundinamarca.

El antioqueño —por una muy rara excepción entre los latinos— es poco dado a los placeres festivos. El número de ferias y fiestas en el año es aquí mucho menor que en los otros Estados colombianos. Las familias viven recogidas y por sí solas, y para el rico habitante de las ciudades, el paseo dominical a caballo hacia su quinta, es casi la única distracción. Las señoras de las clases altas casi nunca se ven, excepto detrás de las ventanas enrejadas, o muy de mañana en la primera misa que jamás pierden. En contraste con las ciudades de la costa (Cartagena, Barranquilla), donde la mayoría de las tiendas son atendidas por señoras, en Antioquia éstas no toman parte en los negocios. Pero sí la toman en grande escala las mujeres de las clases bajas. Muchas veces he visto ejecutar por ellas los trabajos agrícolas más pesados, y es sumamente triste observar cómo en el camino a Medellín, en las caravanas de peones de carga, al lado de fuertes y atléticos hombres, viejas mujeres y muchachas jóvenes, que llevan cajas y bultos sobre la espalda sujetos con una cincha que pasa por la frente, y que van a través de las montañas y ríos tormentosos de Antioquia. Esa degradación del hombre como animal de carga, que ha hecho 80 años provocó las más airadas protestas de Humboldt, en su viaje a través del Quindío, todavía es en algunas regiones de Antioquia bastante común. Especialmente el indígena de los caseríos de La Ceja de Guatapé (no muy lejos de San Carlos), encuentra su única fuente de entrada en el trabajo como peón de tercio para transportar la carga desde Isalitas hasta Río Negro, ya que muchas veces esta carga por su tamaño y peso no sirve para ser transportada por mulas. El transporte principal lo realizan en mulas cuyos dueños viven generalmente en Río Negro y Envigado, cerca de Medellín. En el tiempo de mi viaje también se utilizaban bueyes de carga, ya que el número de mulas (recuas)

estaba muy disminuído debido a una epidemia. Por regla general el tráfico se hace por los muy malos caminos del sur (de Medellín hacia Manizales); los propietarios de las mulas viven en el alto valle de El Retiro, al sur de Río Negro; de allí a Medellín, el transporte se realiza en carros tirados por mulas.

El viajero que viene de la Costa debe traer un completo equipo de viaje, porque en Nare e Islitas es difícil encontrar buenas monturas. El que piensa viajar por largo tiempo en los Andes, deja su silla inglesa en la casa, porque no sirve aquí; y debe conseguirse una silla con cabeza, o sea el famoso galápago californiano, que es tan cómodo, tanto para el jinete como para la bestia. Además debe escoger unos estribos de madera curvada con una capa de cuero como protección; o también estribos como se usan generalmente en el interior de Colombia, fabricados de cobre, bronce y latón; riendas dobles, cinchas dobles, basti-cola o tiros; este equipo es aconsejable en Antioquia a todo viajero que aprecie su pellejo. También espuelas largas y un pesado freno de acero de varias libras. Todos estos aperos necesita en Colombia tanto el caballo como la mula; juguetes europeos no sirven aquí. Al fin, el viajero comprensivo, para evitar evitar comentarios perjudiciales sobre su vestimenta de forastero, debe acomodarse completamente a las costumbres del país, y ponerse el enorme sombrero de suaza, la ruana y los zamarros, que son unos pantalones de protección, hechos de piel de animales.

Con esta vestimenta empecé mi viaje a caballo desde Islitas hacia Medellín. Muchos cadáveres de animales de carga caídos infestaban la atmósfera, especialmente durante los dos primeros días, mientras andábamos a través de las montañas con densos bosques. Las pestes habían provocado una gran escasez de mulas y concentración de mercancías en las bodegas de Islitas y como consecuencia subieron los fletes. Un animal de carga hasta Medellín costó 20 a 25 pesos sencillos, mientras el precio normal es de ocho a diez pesos.

El primer día nos tocó cruzar los hondos cañones del río Bagre y del torrentoso Samaná sobre caminos muy pendientes, parecidos a trochas de cabras. Una sociedad de comerciantes de Medellín hizo poner un puente sobre el Samaná y la presencia del cobrador en el mismo destruye brutalmente las fantasías tropicales de un viajero europeo. Al otro lado del río se encuentra sobre un alto despejado (650 metros sobre el nivel del mar y 510 sobre el Samaná) el caserío Guadualito; de allí son visibles el nevado del Tolima, los farallones del Páramo de Sonsón, y las cordilleras que limitan las sabanas de Bogotá. El viaje del segundo día lleva hasta el agradable vallecito de Llore (La Yore); el tercer día se cruza el río Balseadero cerca de su confluencia con el río San Carlos, donde tienen más o menos 60 pies de ancho; el camino pasa cerca de la montaña La Teta de la Vieja, entrando en el valle estrecho del río San Carlos.

Hasta aquí solo se observan ranchos contruídos de bambú, pero ahora también se veían casa blanqueadas hechas de adobe. No lejos del limpio y agradable pueblecito de San Carlos, se encuentra la cascada de la Chorrera que se precipita de una alta roca. El pequeño río que la forma lleva oro, y casi siempre se encuentran mineros trabajando pro encima de la cascada. Según la leyenda, a muy corta distancia de la Cascada, y en la selva, se encuentra un desfiladero miedoso, llamado el Canelón del Cenizo, que también lleva oro pero debido a la fama que tiene, no es frecuentado por los mineros. Las montañas al sur de San Carlos son prácticamente desconocidas, y cubiertas de espesas selvas. También el orden, la dirección y el número de las quebradas (que desaguan probablemente en el Samaná) no son bien conocidas y yo los dibujé en mi croquis de viaje, de acuerdo con los datos de un viejo arriero que ha buscado oro en esa región hace años. El valle de San Carlos está separado de la garganta de Caldera por la cuchilla denominada Alto Chocó, que tiene 1.530 metros de altura. Al otro lado de la Garganta de Calderas, empieza la cuesta más larga de todo el camino hasta el alto de la Pradera con 1.890 metros de altura. En el alto del Perro, con 2.220 metros de altura, se llega a la parte más elevada entre el río Nare y el río Negro. Ahora la cordillera se inclina suavemente hacia el río Negro. A la derecha de camino se encuentra el bloque macizo del Peñoncito o Peñón de Guatapé (105 metros de altura y 640 metros de periferia); un poco más adelante se encuentra el Morro de Peñón, cuya cumbre está excavada por mineros. En el pueblecito El Peñón pasamos un día de descanso para esperar los animales de carga. El pueblo tiene un clima suave y agradable, y el río Negro tiene aquí una anchura de 130 pies (en su curso superior se llama Pantanillo y más abajo Nare). El tipo indígena de la población es predominante y sobresaliente; la mujeres se caracterizan por un aspecto físico muy feo. El pueblo parece triste y sin vida económica. Hasta aquí llega la línea telegráfica de Medellín, que se proyecta hasta el Magdalena, pero como regla general está dañada, y cuando está en buen estado es poco usada. Los primitivos habitantes del pueblito, sospechaban que los instrumentos con los cuales estaba trabajando el viajero en el puente sobre el río Negro, eran aparatos nuevos para encontrar filones de oro, y quien escribe estas líneas era un brujo misterioso. Ningunos estaba inclinado a creer en mis afirmaciones contrarias, y el ambiente hostil de estos primitivos buscadores de oro, me perseguían hasta en la fonda. Al día siguiente, una fuerte tempestad y aguacero hicieron los caminos casi intransitables y me obligaron, para no quedarme en la fonda del río Negro, conocida como el paraíso de los chinches, a demorarme en Marinilla. Esta ciudad de cierta importancia, es la fortaleza del partido conservador en el país. Sus hijos luchan en todas las batallas de los azules en las primeras filas, y como consecuencia de esto, el número de habitantes masculinos es muy reducido y no lleva relación con el número de mujeres. Por lo demás Marinilla juega el papel en Antioquia como Duellen sobre el Rhin o Beckum en Westfalia; sus travesuras ridículas y sus

atenciones exageradas se han convertido en dichos. Abajo en el valle se encuentra la ciudad de Rionegro, limitada y coronada por su cementerio, que lleva un monumento grandioso en recuerdo de uno de sus héroes de la Guerra de Independencia (Córdoba). En tiempos pasados Rionegro era la primera ciudad del Estado, y hoy ocupa el tercer puesto, y es cuartel general de los liberales; entre éstos y los godos de Marinilla existe amarga enemistad. La ciudad se encuentra en una rápida decadencia; el comercio mayor se trasladó a Medellín y sólo el mercado del sábado todavía tiene cierta importancia. En el año de 1800 el número de habitantes llegó a 12.000 mientras que en el año de 1870, todo el distrito (no sólo la ciudad) alcanzaba apenas los 9.000; era un proverbio que la persona que quería ir a Rionegro, tenía que apurarse porque si no, ya no podría encontrar la ciudad.

El valle del río Negro es aquí bastante ancho. Uno monta todavía 2 horas desde Rionegro a través de los llanos de Chachafuto, hasta llegar al pie de la cordillera, que divide las cuencas del río Negro con Nare, y del Porce, y del Magdalena y el Cauca, y alcanza en el Alto de Santa Helena una altura de 2.530 metros. Ha aumentado mucho en estas regiones el cultivo del café, que por su calidad y buen grano está destinado a jugar un papel muy importante en el mercado europeo. El cultivo es aquí de fecha reciente. Al principio, y todavía en la mitad del siglo, la producción total en el Estado se calculó en 3.600 arrobas. En el año de 1877 ya existían mucho más de 3.000.000 de cafetos. La producción aumentaría considerablemente si existiera una mayor facilidad de transportarlo a la Costa.

Las alturas frías en la cordillera divisoria entre el río Negro y Porce producen una excelente papa, que no prospera en los valles, porque la mata crece demasiado. La subida desde río negro hasta el Alto de Santa Helena es pendiente, pero mucho más aún la caída hacia el Porce. La vista desde el alto sobre el cañón de Medellín constituye uno de los paisajes más bellos de la parte tropical de Sur América. De aquí montando cuesta abajo, llegué al fin en la tarde del 12 de julio a Medellín, la capital antioqueña y segunda plaza comercial de Colombia, llamada por sus habitantes sencillamente La Villa-urbs.

PERMANENCIA EN MEDELLÍN

En el corto tiempo que va de 1878 a 1880 Antioquia ha tenido dos revoluciones: la una (1879), provocada por el partido conservador, terminó con un fracaso en la batalla de Oro Bajo, cerca de Santa Rosa de Osos; la otra empezó en el mes de marzo de 1880, propiamente sin móviles políticos. No obstante los tiempos intranquilos, las calles de Medellín eran más movidas que hace dos años; la ciudad había crecido bastante, y el comercio prosperó debido a la confianza que inspiró el nuevo Gobierno del Presidente Pedro

Restrepo. En todas partes del Estado el Gobierno abrió nuevas minas de oro y plata, y otras viejas abandonadas se reabrieron, y el gran mercado de los martes y viernes en Medellín atrajo como antes miles de personas que vienen de lejos. Tal vez existen pocas ciudades de las mismas proporciones en Sur América donde haya tantos capitales concentrados como en Medellín, y el número de familias que se pueden calificar como ricas es enorme; no obstante que ellas llevan una vida, con muy pocas excepciones, que no deja sospechar la riqueza que poseen, generalmente obtenida por el comercio y minería, y menos frecuentemente por la agricultura y ganadería. También la clase media o la ñapanga (artesanos y dueños de tiendas) es generalmente acomodada.

Los artesanos son por regla general hábiles y trabajan barato. Especialmente se encuentran buenos herreros, zapateros y talabarteros, mientras que los sastres todavía tienen algunos conceptos extravagantes sobre el arte de su oficio. Desde hace varios años existe en Medellín una Escuela de Artes y Oficios que se ocupa especialmente en trabajos manuales, y que ha tenido excelentes resultados. Un alemán, el señor Haeussler de Mainz, ocupó varias veces la rectoría de esa escuela y también figuró como Director General de las Obras Públicas, y obtuvo grandes éxitos tanto en este ramo como en sus trabajos con los artesanos de Medellín.

Debido a las dificultades del transporte de la mercancía europea por un lado, y por el otro al hecho de que los carpinteros dan más importancia a la construcción sólida que a la elegancia, le llama la atención al viajero encontrar en las mejores casas de Medellín, un rarísimo conglomerado de los más finos muebles de París, al lado de la todavía primitiva producción regional. Se ve con frecuencia junto a un piano de cola y un elegante Ottomane suministrados por un almacén de los Boulevards, una silla bastante cruda, de madera de comino, tapizada con cuero de res, y adornado el espaldar con unas calcomanías de Neuruppin. Hasta en las salas del Estado y de la Audiencia del Presidente, encontré un conjunto de muebles nacionales y extranjeros, en partes sanos y rotos, que parecían de un botín de guerra.

Medellín tiene acueducto, y principio de una iluminación de las calles, que son limpias pero mal empedradas. La arquitectura de las iglesias carece de importancia y son pequeñas. Bajo el gobierno de Berrío se empezó la construcción de la maravillosa catedral en el barrio de Villanueva. Hoy día, sólo recuerdan melancólicamente los cimientos de la obra, los \$50.000 enterrados en ella. La ciudad no tiene ningún edificio de cierta importancia arquitectónica.

La población de Medellín la calculo (inclusive el caserío de Buenos Aires) en más o menos 20.000 almas. Los alrededores son densamente poblados, como en general, el Departamento del Centro, o la antigua provincia de Medellín, que siempre ha tenido la densidad de población más alta. Ya en el año de

1880 se calculaban 1.000 habitantes por cada legua cuadrada. La altura sobre el nivel del mar en Medellín, que fue establecida por Caldas en 1785.9 varas castellanas (1491 m.), y por el ingeniero inglés señor Franklin White, en el año 1868, en 4.851 pies ingleses (1479 m.), la calculé yo a través de una serie de observaciones en 1.480 metros (según el sistema del profesor Zoepprits). Mis esperanzas de poder comparar aquí mis instrumentos con un buen barómetro de mercurio no se cumplieron, porque el señor Erran, que antes trabajaba en la recolección de datos meteorológicos para un Instituto Americano, se había trasladado a Bogotá, y los instrumentos de la Universidad habían sido en parte destruidos y en parte robados.

VIAJE HACIA LA REGIÓN DE LA TIERRA DE ORO DE SANTA ROSA

Durante mi permanencia de varios meses en Medellín, realicé algunas exploraciones en los alrededores, casi siempre con el fin de conocer minas de oro. A fines de octubre emprendí un viaje más largo hacia las regiones auríferas en el Departamento del Norte. El 26 de octubre, acompañado de un amigo y conocedor del Estado, salí de Medellín, aprovechando la interrupción anual de la época de lluvia llamada el Veranillo de San Martín. En Fuente Dueño, hora y media abajo de Medellín, pasamos a nado el río Porce, y subimos en cuatro horas a caballo por un camino difícil y pedregoso al Alto de Medina, cuya pared negra parece encerrar la cuenca del Porce en el norte. El río cambia aquí su dirección sur a norte para desviar al noreste; entre el río y el Alto de Medina se encuentran los excelentes potreros de la Vega de Niquía, donde se crían las mejores mulas del país. Estas aprenden a caminar como cabras sobre los difíciles riscos, y sólo animales así adiestrados se pueden usar en los caminos peligroso del Estado. El Alto de Medina (2.620 metros), alcanza una altura de 1.140 metros por encima de Medellín. En el oriente está coronado por un cono, todavía algunos centenares de pies más alto, de donde se tiene una vista inmensa hacia el sur, sobre el Cañón del Porce, el Cerro Bravo cerca de Fredonia, el Páramo de Sonsón y hasta las nevadas superficies del Ruiz.

La cordillera, en la cual se encuentra el Alto de Medina, arranca desde el nudo de Hato Viejo, también conocido con los nombres de Alto de Julio y Alto Angulo. En Hato Viejo se divide la cordillera que limita el valle del Porce, en dos cordones magistrales: el uno ocupa con sus estribaciones la región entre el Cauca y Nechí, y el otro, el oriental, acompaña el Porce hasta la desembocadura de Guadalupe; de éste se desprende en el río Grande, hasta la unión del Nechí con el Porce, otro importante y ramificado sistema. En el ángulo formado, cuyo vértice representa el Alto Angulo, hay una altiplanicie estéril, limitada en el Norte por la Cordillera de Santa Bárbara, que va paralela con el río Chico, por algunos de cuyos afluentes sin importancia

desagua. El triángulo de San Pedro tiene cierta cantidad de minas de oro en producción, entre las cuales está la ya casi agotada del Ingenio, que fue vendida a una sociedad francesa, por dos hombres no muy honorables, y que ha consumido inmensos capitales sin resultado alguno.

La vegetación de esta altiplanicie es inmensamente pobre y raquítica (arbustos y matorrales), y solamente en las hoyadas de las quebradas se encuentran grupos de árboles, en especial robles y siete cueros. Al otro lado del Alto de Santa Bárbara (2.640 metros) se llega al valle estrecho del río Chico, que poco más abajo del curso del camino desemboca en el río Grande. La cordillera divisoria entre ambos, que termina en el alto del Peñón, y que se desprende del Cerro de San Andrés, entre el Cauca y el río Chico, se eleva en el Páramo de Petacas, cubierto de espeletia Frailejón, a considerable altura. Esta región ha sido poco estudiada y aún menos poblada.

Una segunda altiplanicie, atravesada por los ríos Cauca y Tenche, y desagua principalmente por la cuenca del río Guadalupe, se extiende desde el Alto del Peñón hasta el Alto de San José, en el noroeste, y es conocida como la Cuenca de Santa Rosa de Osos. El suelo es suavemente ondulado y más estéril a medida que uno se acerca a Santa Rosa, y también aquí, especialmente en los alrededores del pueblo, se encuentra en todas partes oro. El mineral predominante es una sienita fuertemente descompuesta. En esas altiplanicies las épocas de lluvia no coinciden con las de las regiones que se encuentran a algunos días de viaje más hacia el Sur. Aquí la primera época lluviosa (que por cierto permite más excepciones que en la costa) dura desde marzo hasta junio, y la segunda desde agosto hasta noviembre; mientras que en la parte alta del río Negro se registra la primera entre los meses de abril y mayo, y la segunda entre septiembre y noviembre. La región sur del río Armas (Salamina y Manizales) tiene la primera época lluviosa desde marzo hasta mayo, y la segunda de septiembre a noviembre, así que nosotros fuimos agradablemente sorprendidos, al encontrar aquí arriba el mismo tiempo que en el valle de Porce, o sea un excelente Veranillo de San Martín. En esta ocasión se debe anotar, que los meses de enero y febrero siempre se caracterizan por un tiempo seco en toda Antioquia. La temperatura entonces es agradablemente fresca y un cielo sin nubes y de un profundo color azul predomina en el ambiente, y en la atmósfera limpia y transparente se distinguen los detalles de las montañas lejanas.

Después de pasar el río Chico por un puente en mal estado, subimos al Alto del Peñón, sobre cuya cumbre desnuda se encuentra la roca aislada del Peñón de Entrerríos. Este peñón, más pequeño que aquel de Guatapé algo inclinado hacia un lado, da la impresión de un monumento caído sobre un cementerio abandonado. Los rayos han desmejorado la parte que da sobre el camino. Al pie de este peñón, visible a grandes distancias, se encuentra el pueblo Entrerríos, ubicado entre dos afluentes del río Grande, cuya

garganta enmontada pasamos en seguida. Tanto este río como el río Chico llevan además de arena de oro (granate), rubíes y pequeños diamantes, pero seguramente en muy pequeñas cantidades. Después de la desembocadura del río Grande, este último forma cerca de Donmatías unos rápidos, y cerca de éstos se encuentran algunas salinas con un alto contenido de yodo. El contenido de yodo es una característica de la mayoría de las salinas de Antioquia, y a ellas se atribuye que el coto, una enfermedad muy común en todo Colombia, es casi desconocida en Antioquia. Cada vez más estéril se vuelve la región al otro lado del río Grande, y cada vez más escaso el matorral. En todas partes encontramos huellas de mineros. El terreno entre las quebradas Santa Ana y San José se denomina Oro Bajo y allí venció el Presidente liberal Rengifo, hace un año, el 4 de marzo de 1879, a los revolucionarios conservadores, cuyo jefe, Mac Ewen lo hizo fusilar en la plaza de Santa Rosa, crimen éste que todavía se comentaba con mucho desagrado en el norte. Por la tarde llegábamos a la ciudad de Los Osos, aislada y ubicada en el alto, y por todos lados limitada por abismos.

Solamente la riqueza aurífera del suelo en los alrededores, pudo haber sido la causa del trazado de esta ciudad, sobre una altiplanicie fría y carente de toda vegetación, y cuya temperatura mediana según Restrepo es de 14.3 grados. Nada prospera aquí, los alimentos y artículos de primera necesidad tienen que ser traídos de afuera. La población total vive exclusivamente de la minería, y la ciudad de más o menos 10.000 habitantes, es de considerable importancia.

La ciudad se caracteriza por una iglesia en construcción hace muchos años, de grandes dimensiones, y que una vez terminada será la más orgullosa casa de Dios en Antioquia. Los habitantes realizan para esta obra gigantesca los más grandes sacrificios, no sólo por motivos religiosos sino también por el deseo — característico hasta en los pueblos más infelices — de tener una iglesia más grande que la del pueblo vecino. A esta rivalidad existente entre los municipios, se debe el buen estado en que se encuentran las iglesias, en contraste con los otros Estados de Colombia y Repúblicas hispanoamericanas. Desde el atrio de la iglesia de Santa Rosa (2.540 metros de altura) se domina todo el sur de Antioquia, hasta la mesa nevada del Ruiz y el nevado de Santa Isabel detrás de Manizales.

Si se puede creer lo que dicen los habitantes de esta villa, entonces el clima es tan sumamente bueno, que nadie se muere aquí, excepto del mal de arrugas o por suicidio. Algo hay de cierto en esas afirmaciones, porque ya hace muchos años que no vive ningún médico aquí, y el ciudadano que cree que no puede morir sin la asistencia de un apóstol esculapio, tiene que hacerlo llamar de Medellín.

En los alrededores se encuentra mucho venado para el cazador. Pero los osos negros, a los cuales la ciudad debe su nombre, se han retirado a la cordillera sobre el río Chico y allá todavía se encuentran bastantes.

Llama la atención el gran número de personas con pelo claro en Santa Rosa. Con frecuencia se encuentra pelo rubio en los Departamentos del Norte, y predomina el tipo alto y delgado, rara vez inferior a la estatura media de aquí, mientras en el sur (distritos de Abejorral, Salamina, Manizales) predominan la barba y los cabellos negros, nariz aguileña y la estatura media.

En dirección oriental y a distancia de algunas horas de Santa Rosa, se encuentran no lejos del río Guadalupe dos minas: la Trinidad y las Cruces, que antes pertenecían al grupo de las más ricas del Estado. Durante nuestra visita la primera estaba completamente abandonada, y la segunda se trabaja escasamente. El procedimiento por medio del cual se obtiene aquí el oro, no puede ser más primitivo.

Absolutamente sólo se trabaja al descubierto. El mineral fuertemente correosado se quita con pala y pica de la superficie; llevado en carretillas luego a unos pilones, movidos por una primitiva rueda de agua, allá mismo es molido, y del barro se lava en bateas el contenido del oro. El metal así obtenido en Las Cruces, no es de buena calidad (oro bajo: 500 a 550 kilates). Es natural que debido a este procedimiento mucho oro se pierda, y se pierde tanto, que más abajo en los desagües del pilón, se estableció una muy productiva explotación de oro. No obstante este procedimiento, la mina nunca ha necesitado subvenciones, antes bien reparte continuamente dividendos; lo que es una muestra de la riqueza de la misma. Por el mismo procedimiento se trabaja en la gran mayoría de la minas de Antioquia. El señor Roberto White, uno de los mejores conocedores de la minería en Antioquia, calcula el número de mineros que trabajan en verdaderas y técnicamente dirigidas minas, solamente en 3.000; mientras los mineros que buscan por propia cuenta el oro, los calcula en más de 12.000; pero el metal obtenido por estos últimos solamente alcanza la cuarta parte de la producción total. En el año de 1872 existían en el Departamento del Norte (distrito de Santa Rosa) 43 minas en explotación, en el año 1880 no se llegó a esta cifra.

Una vez de regreso a Santa Rosa, continuamos nuestro viaje el 29 de octubre hacia el Salto de Guadalupe. Hasta el Alto de San José, conocido por su flora especial y típica, el paisaje era el mismo triste y sin variación. El Alto está rodeado de espesos bosques, y de su vertiente septentrional baja una cascada, buscando el Valle de Guanacas, y formando un paisaje de bosque romántico. Pasamos la noche en Guanacas para cruzar a la mañana siguiente el elevado filo del Alto de la Carolina. Este alto representa las estribaciones más lejanas de una Cordillera que viene con dirección oriente-occidente hasta el Alto de Tenche, donde alcanza considerable altura, y de aquí sigue con rumbo sur a norte, formando el divorcio acuario entre los

ríos Guadalupe y Tenche, y más tarde entre los ríos Nechí y Porce. De esta cordillera se desprenden varias ramas laterales, que dividen las numerosas quebradas que bajan de su vertiente oriental buscando el río Guadalupe. En el caserío La Carolina (o Las Claras) se bifurca el camino; un ancho camino de herradura comunica desde aquí con Remedios, pasando por Amalfi; y una trocha lleva en dirección norte pasando por Higerón hacia Anorí y más allá.

La Carolina se encuentra abajo en el valle (1.830 metros) y es considerada como tierra caliente; sus habitantes viven del cultivo del plátano, de la caña y del robo de caballos. El camino de aquí hasta la aldea de Higerón es algo difícil, sobre todo la cuesta del Alto del Chicharrón (2.030 metros), y de aquí la bajada al valle de la Cañada de Santa Gertrudis cubierta por el famoso chusque. Arriba del camino se precipita la quebrada La Hondura, sobre una roca redonda y en forma de abanico, en una cascada de 50 pies a la cañada. Sobre el alto del lado opuesto, está ubicada la aldea del Higerón (1.930 metros), un caserío con más o menos 200 habitantes, y dominado por el cerro del Oratorio, un bloque aislado de 40 metros de altura. Desde el cerro del Oratorio se domina una gran parte de la Antioquia Septentrional; las montañas de Yolombó hasta Yarumal, el pueblo más grande, y la plaza comercial más movida del norte. Cerca del Oratorio se encuentra una prominencia denominada Cerro del Tesoro; en el mismo se encuentran profundas y largas cuevas, y corre el cuento entre la población de que los indígenas escondieron allí un gran tesoro de oro. Desde el Higerón se llega en media hora al final de nuestro viaje, al muy citado pero poco conocido Salto de Guadalupe. Mejor dicho, se llega por una trocha a una roca algo saliente, ubicada al frente del Salto, la Montañeda, a una distancia de kilómetro y medio, desde donde se domina el Salto en toda su extensión.

El Salto de Guadalupe es el más maravilloso y espectacular de todos los saltos de Colombia. El más conocidos, el Salto de Tequendama, cerca de Bogotá, no puede compararse ni en altura ni en escenario ni en panorama, porque el difícil, casi imposible obtener una visión del conjunto. Mientras el Guadalupe se domina desde ambas orillas, pero mejor desde el lado de Higerón. Aquí se encuentra uno algo más alto que la plataforma desde la cual el agua se desliza, y se ve el río donde todavía viene tranquilo entre las lomas, hasta allá donde empieza a formar rápidos, y aumentando su velocidad, corriendo por encima de las rocas obstaculizantes y entre ellas, formando remolinos espumosos, alcanzando la plataforma desde la cual —qué visión más impresionante— se desliza al despeñadero de 250 metros de profundidad. Yo digo desliza y no cae porque en esto consiste la diferencia característica entre el Guadalupe y su rival el Tequendama. El Tequendama se precipita de una plataforma sobresaliente y cae verticalmente a la profundidad, mientras que el Guadalupe corre aunque en un ángulo muy inclinado sobre la roca. Desde el Higerón se observa su caída casi vertical. Actualmente se da al Tequendama una altura de 139 metros, y al Guadalupe 250 metros (De

Greiff y otros), una cifra que seguramente no es exagerada. Una apreciación exacta sólo se puede hacer desde el fondo del río, pero para esto es necesario bajar a él, por el lado opuesto desde San Matías; pero para llegar allá había que regresar a La Carolina para cruzar allá mismo el río, gastando un día.

Debido a lo reducido de nuestro tiempo nos contentamos con la vista desde Montañeda, que era maravillosa. Los fuertes aguaceros de la noche anterior hicieron subir el nivel del Guadalupe, y nosotros podíamos contemplar el raro acontecimiento de que el Salto crecía y aumentaba minuto por minuto. Los primeros 150 metros de agua se desliza sin interrupción sobre una pared rocosa. Debido a la gran distancia el movimiento era lento, como si el agua se resistiera a caer a la profundidad, según parecía pegada a la roca. Una parte se convierte en niebla y se levanta otra vez en pequeñas nubes transparentes. De golpe las masas de agua encuentran un obstáculo en su caída, una roca inmensa saliente se impone. En tiempos pasados el agua chocó con toda su fuerza contra ella, y luego saltó en forma de abanico 100 metros más hacia abajo. Esto era el Salto del Caballo. Pero debido al continuo empuje del agua, hace algunos años, la roca está semidestruida, perforada con huecos y rendijas, y ahora el salto se divide en dos: uno más grande y septentrional, y uno pequeño meridional, y entre ambos se ve la roca negra. Solamente cuando el río lleva mucha agua en los meses de julio y agosto, ésta cubre todavía la roca. El salto pequeño se pierde en el fondo en una tronera (cueva, canal subterráneo de desagüe); el salto grande produce después de la salida del sol grandes nubes de vapor de agua, que tapan la visión. Al pie del salto se reúne la cañada de Santa Gertrudis con el Guadalupe, y éste sigue culebreando con dirección noreste y entre muy pendientes montañas, y aun muy estrecho valle hacia El Porce, al cual encuentra después de una legua de recorrido. Desde un punto cerca de la Montañeta se ve su desembocadura, así como las plantaciones de cacao y los potreros de la hacienda de Porce, en el ardiente cañón de este río, de mi viejo amigo Juan Francisco Jaramillo. Un contraste raro con las aguas amarillentas del Salto, forma una pequeña cascada de agua cristalina que se precipita casi de la misma altura sobre el despeñadero, y a poca distancia, detrás de la cañada de Santa Gertrudis.

Abandonamos la Montañeta después de que la niebla se volvió más y más espesa. Desde el Higuerón hicimos este mismo día una entrada por la trocha que lleva sobre la cuchilla de la cordillera hacia Anorí, para emprender el viaje de regreso vía Santa Rosa hacia Medellín.

En Santa Rosa conocí un minero del Porce que estaba de viaje con la producción de varios meses, y entre los excepcionalmente grandes pedazos de oro, tenía uno del tamaño de un huevo de paloma. En el río Porce, abajo de la desembocadura del Guadalupe, según se me contó, trabajan muchos mineros, y

encuentros de esta magnitud no son raros. En la región montañosa, desde el Alto de San José hasta mucho más allá de Higerón, no se ejerce la minería de oro, y minas de este metal son desconocidas.

El 2 de noviembre llegué nuevamente a Medellín.

DESDE MEDELLÍN HACIA LAS MINAS DE MARMATO Y MANIZALES

Apenas las lluvias disminuyeron, en los últimos días de noviembre, salí de Medellín con dirección al sur. El llamado camino real, que comunica la capital del estado con los distritos del sur, es el mismo que yo tomé en el año de 1878 para ir a Manizales, pasando por Abejorral y Salamina. Una vez que termina el invierno, este camino se pone pesado y peligroso para las mulas, porque el lodo se convierte bajo la influencia de los rayos solares en una arcilla pegajosa. El transporte de la carga se efectúa sobre esta ruta en su mayor parte con bueyes, y los cascos de estos útiles animales dejan huellas muy profundas en la arcilla, que se está endureciendo. Las mulas pisan de costumbre en estos huecos; pero debido a que la mula pone la mano derecha y el buey junta las dos manos hacia el centro, la mula está obligada a caminar de una manera no natural, debido a que pisa las huellas del buey, cansándose pronto y cayendo con frecuencia. Por esto los viajeros tratan de evitar los caminos de bueyes en cuanto sea posible al principio del verano.

Debido a este hecho, y al deseo de conocer otra parte de Antioquia, resolví tomar el camino poco usado que lleva hacia las minas de oro y plata en Marmato, escogiendo así una ruta más hacia el Occidente. Me acompañó el señor Schmidtchen, un botánico alemán que quería estudiar la flora durante el camino entre Caramanta y Filadelfia.

El 22 de noviembre salimos de Medellín, siguiendo el cañón del Porce en dirección sur hasta el pueblo de Caldas, de donde parten los caminos hacia las minas de Titiribí, pasando por Amagá, y hacia Jericó pasando por Fredonia. En el Romeral, cerca de Caldas, el cañón está encerrado por dos ramas de la Cordillera Central. Uno de estos se extiende desde Romeral hacia el noroeste, formando el divorcio acuario entre los ríos Porce y Río Negro, y cerca de la ciudad de Santo Domingo se abre y se ramifica ampliamente, y muchos ramales se extienden en dirección al Magdalena y se pierden en las selvas monótonas de la provincia de Mompós del Estado de Bolívar. El otro ramal lleva hasta el Alto de San Miguel una dirección suroeste, y luego se extiende en una gran curva que limita el Alto Valle del Porce para llegar con una dirección sur a norte, al Alto Julio (Angulo?) al norte de Medellín, y aquí, como antes describo, ocupa con sus ramificaciones las regiones del Cauca y Porce. El cañón lleva la misma anchura que tiene en Medellín hasta el

caserío de Itagüí; después las montañas se acercan al río y estrechan el cañón cada vez más. Hasta Caldas la población se encuentra bastante concentrada en ciudades y pueblos muy prósperos y bien acomodados. Así Itagüí, y en la orilla derecha del Porce, Envigado, sobre una terraza un poquito más alta que Itagüí, y conocido por sus ferias que son de las más importantes del Estado, especialmente para caballos y mulas; también tiene fama como lugar de veraneo, y no son pocas las familias de Medellín que pasan aquí los meses de verano. También se caracterizan por un fuerte desarrollo los nuevos pueblos, La Estrella y San Antonio, al pie de las montañas que limitan el valle en el occidente. Al parecer la agricultura es muy intensiva; en todas partes se ve caña, plátano, maíz y frisoles. Arriba de Caldas, en las cabeceras del Porce, los escasos habitantes de los aún más escasos ranchos se dedican a la ganadería. En parte el camino se acaba aquí completamente, y en grandes extensiones el viajero monta en el lecho predregoso del mismo río.

Las montañas alrededor del Alto de San Miguel (2.600 metros) están cubiertas de espesos bosques; sólo sobre el mismo alto donde se cruzan varios caminos, y entre otros uno que va hacia la parte alta del Río Negro (Retiro) se encuentran unos ranchos infelices. Desde aquí se extienden en dirección sur hasta el muy desmejorado Pueblviejo, los valles de Poblano y Sabaleta; sigue el camino por la cuchilla hasta llegar al caserío Santa Bárbara, fundado en el año de 1827 por emigrantes godos (conservadores) que abandonaron a Pueblviejo por diferencias políticas. Desde Santa Bárbara se domina el Valle del Río Cauca, hasta donde no está interrumpida la vista por la cordillera de Combia, que se extiende de suroeste hacia el noroeste y culmina en el Cerro Bravo, cubierto de bosques, y que cae bruscamente hacia el oriente. Por encima de las azulosas nieblas del bajo y ardiente valle del Cauca, se levantan los imponentes picachos de los Farallones de Citará en la Cordillera Occidental. Hacia el oriente se ve un mosaico de montañas y valles, entre los cuales es difícil orientarse, ya que como única señal sobresaliente y visible desde lejos se distingue tan sólo el Morro de San Vicente.

Santa Bárbara está ubicada a 1.820 metros sobre el nivel del mar (datos anteriores daban 1.950 metros). El mapa de Greiff sobre Antioquia, que da para el caserío Sabaletas una altura de 2.000 metros, no obstante que está ubicado en el fondo del valle, es completamente errado, ya que a duras penas alcanza a 1.720 metros (todos los mapas anteriores registraron ese caserío sin importancia como ciudad o pueblo importante). Desde Santa Bárbara sigue el camino con dirección sur, bajando en gradas hasta Pueblviejo, donde se cultiva el tabaco, y donde existe un clima bastante malsano.

Entre este último pueblo y el río Cauca tuvimos que cruzar la cuchilla de una pequeña cordillera que está separada de Santa Bárbara por una hondonada, y coronada de inmensas rocas sueltas. Al pie de la vertiente sur corre el río Cauca, cuyo valle muy estrecho, casi un abismo o garganta, se amplía aquí algo,

pero que una legua más abajo se convierte otra vez en el cañón. Saliendo del bosque y pisando la arena de la orilla del río, nos encontramos cerca de la boca del Poblano, que desagua la región poco sana del suroeste de Fredonia. El Cauca se pasa aquí en un planchón de cables, construido como todos los puentes y planchones sobre el cauca en Antioquia, por alemanes. El cruce es denominado Puerto o Paso de Caramanta (650 metros). En la orilla opuesta se levantan dos rocas inmensamente grandes y aisladas de sienita, los Farallones de Cristal de Caramanta. Desde el puerto hasta cerca de Santa Fe de Antioquia, el Cauca es otra vez navegable; y desde este último lugar hasta Cáceres la navegación es difícil, y en partes imposible por los rápidos y bancos de arena, pero más abajo de Cáceres el río no ofrece peligro ninguno para los vapores que navegan por el Magdalena. Se registraron varios intentos de navegación a vapor regular, por el bajo Cauca, pero fracasaron todos debido al poco tráfico.

En el alto Cauca se navega a veces desde las minas de Jelima, abajo de Popayán, pero con más frecuencia desde el paso de las Bolsas cerca de Quilichao, con canoas y balsas. Aquí el Cauca es navegable en una extensión de más o menos 40 leguas hasta Anacaro cerca de Cartago. El tráfico en esta parte del río para el año de 1784 se calculó en seis mil a ocho mil cargas de 10 arrobas.

La región de Antioquia al occidente del Cauca todavía es poco cultivada. Los pueblos en esta parte, especialmente los del Departamento del suroeste, son de creación reciente. Hace apenas 40 años entraron los primeros colonos en las selvas de los actuales distritos de Jericó y Caramanta, venidos desde Titiribí y Fredonia. A partir de entonces se asentó en la región norte de Jericó una numerosa población, que se dedica especialmente a la ganadería y tiene fama de ser muy peleadora. En el año de 1880 existían allá más de 50.000 reses, y su rápido aumento recompensa la disminución de esta actividad en otras partes del estado. En esta ocasión quiero anotar, que en Antioquia existían en el año de 1807 solamente de quince a dieciocho mil cabezas de ganado(según Caldas); según Pérez se contaban en el año de 1852, 115.000 cabezas y según la memoria del Presidente del Estado existían en el año de 1879 trescientas sesenta mil cabezas de ganado que representan un valor de \$ 6.171.000. Al sur de Jericó, en las regiones boscosas y poco pobladas del río Docato, se encuentran algunas minas de oro con buen rendimiento. Todavía muy escasamente poblada está la tierra entre el Cauca y su afluente el río Cartama, que lo había nombrado arriba como distrito de Caramanta. Un día de viaje al sur del Puerto de Caramanta se encuentran únicamente algunos ranchos dispersos en la selva. El terreno alcanza mayores alturas; y el muy mal camino pasa por el Alto del Palmar (1.520 metros) y el Alto de Potrerillo (2.240 metros) hacia el Alto del Obispo (2.440 metros), y de aquí baja al bonito valle del Nueva Caramanta (2.130 metros). En el occidente, localizado en la alta vertiente de la cordillera y sobre una cuchilla que separa las aguas de los ríos Catamá y Piedras (ambos

afluentes del Cauca), está ubicado el nuevo pueblo de Támesis, cuyos habitantes se dedican a la agricultura, y tienen fama de ser gente buena y trabajadora. En contraste con ellos, los habitantes de Valparaíso, un pueblo grande localizado al pie del Alto de Palmar, y no muy lejos del Cauca (en mapas antiguos también llamado El Hatillo), gozan la fama de ser mala gente. Su única industria y ocupación es el mazamorreo en el Cauca durante el verano, que todavía da un buen rendimiento. Desde el Alto Palmar hasta Caramanta sólo se ve selva. Los cerros arriba nombrados, pertenecen a la cuchilla que arranca desde el cerro de Caramanta. En este nudo la Cordillera Occidental de Colombia se divide en tres ramales, el uno con dirección occidental forma el divorcio acuario entre los ríos Atrato y San Juan (del Chocó), la rama principal con dirección norte divide las aguas entre los ríos Atrato y Cauca, y la rama más corta que va al Oriente y cuyas partes altas determinan la frontera entre los Estados de Antioquia y Cauca, se abre en muchas ramificaciones, formando los valles de los ríos Supía, Arquía, Cartama, Piedras y un segundo río San Juan –todos afluentes del Cauca -. En las vertientes de estas montañas que dan sobre el río Cauca, existe una muy activa minería de oro y plata, especialmente en la región del río Arquía que forma la frontera, y en la muy pendiente pared de las montañas de Marmato (más o menos 1.200 metros sobre el río Cauca), y en los alrededores de Riosucio. Las minas de Marmato tienen fama desde tiempos muy antiguos, y todavía hoy se encuentran entre las más ricas de Colombia; no obstante que la propiamente llamada mina de oro de Marmato ya no es rentable debido al agotamiento por una parte y la muy costosa administración por otra (pertenece a una sociedad inglesa). Pero otras minas localizadas en la misma pared de la montaña o en la misma vertiente, se caracterizan por sus resultados excelentes. Así, por ejemplo, las minas de plata El Pantano y Chandía (Echandía), localizadas arriba del pueblo de Marmato.

Desde Caramanta el camino baja a la estrecha garganta del tormentoso río Arquía, que nace en el cerro de La Línea, y que divide los hoy hostiles estados hermanos de Antioquia y Cauca. El ramal montañoso que se desprende del cerro de La Línea entre la garganta del Arquía y la llanura del río Supía –las muy fértiles vegas del Supía –lo quiero denominar yo la Cordillera de Marmato. Sus estribaciones orientales terminan muy abruptamente sobre el cañón del Cauca. Los pueblos de minería de Marmato, Chanda, San Juan de Marmato, parecen pegados a la vertiente como unos nidos de golondrinas.

El pueblo de Marmato, de bastante importancia, recuerda más a las regiones californianas de oro en Norte América a mediados de nuestro siglo, que a Colombia. La población compuesta de algunos empleados ingleses y alemanes, de muchos negros y aventureros antioqueños, que tuvieron que abandonar el territorio al otro lado del Arquía por una u otra causa, dan una impresión bastantes atrevida y temeraria. Llama la atención al viajero el traje de las negras que trabajan en gran número en las minas y que debido a un invento

especial amarran sus cortos vestidos en tal forma que parecen unos pantalones. Los empleados de las minas me aseguraron que estas mujeres que se caracterizan por un físico muy feo y parecido a los micos, son preferibles en cuanto a rendimiento a los hombres en los duros trabajos de la minería, y hasta algunas trabajan en las minas como cavadoras.

Una posada no existía en Marmato y por eso aceptamos encantados la invitación del señor Greiffenstein, director de la mina Chandía, y permanecimos algunos días en su casa.

El tiempo se aprovechó para hacer visitas en las minas cercanas, y especialmente la planta de amalgamación en Aguas Claras, que pertenece a una sociedad inglesa en Marmato. Debido a la constante inseguridad y a la poca garantía para las propiedades en el Estado del Cauca, ninguno de los dueños de las minas en el distrito de Marmato se resolvió a construir un horno de fundición, por los grandes capitales que habría que invertir en ellos, no obstante que un horno de esta índole sería de gran utilidad, ya que las minas de plata que se caracterizan aquí por su alto porcentaje de plomo, son más indicadas para la fundición que para la amalgamación. Me aseguraron aquí, que las barras de plata de Marmato que se despachan para su futuro tratamiento en Inglaterra, todavía contienen un 30-40 % de plomo. La mina Chandía, que pertenece a don Bartolomé Chaves de Riosucio, estableció su fábrica de amalgamación en La Línea, distante de Marmato algunas horas de camino en territorio antioqueño; porque al otro lado del río Arquía se dan mejores garantías para la propiedad y la vida, aún en tiempos de guerra. El material aurífero de Marmato tiene un valor entre \$320 a \$400 por tonelada. La quebrada que atraviesa Marmato y que recibe los desagües de los pilones, lleva considerable cantidad de oro, que es sacado por el sistema de mazamorreo altimétricamente a 400 metros debajo de Marmato. En el trayecto de Marmato a Riosucio se encuentran varias pequeñas minas explotadas por particulares no muy acaudalados, y por lo mismo explotadas en forma primitiva. No cabe duda de que los indígenas ejercieron la minería antes de la llegada de los españoles. En una de las minas de Marmato se encontró hace decenas de años un instrumento de trabajo con una aleación de oro y cobre, y con un extraordinario grado de dureza que se prueba de bastantes conocimientos sobre el trabajo de metales entre los indígenas.

Desde Chandía se denominan los muy enredados ramales de la Cordillera que ocupan el Departamento del sur de Antioquia, la tierra entre los páramos y la Cordillera Central, del cañón del río Armas, y del Cauca y Chinchiná. Ese territorio fue colonizado más intensamente hace apenas 40 años, especialmente la parte del sur desde la quebrada Pácora. Los pueblos Aranzazú (El Sargento) Manizales y Filadelfia son de fundación más reciente; y en su dirección oriental hacia los páramos, la colonización avanza muy lentamente. Especialmente la región al oriente del camino real que va de Salamina a Manizales, y que en el norte y sur es

limitada por el río Pozo y la quebrada Tapias respectivamente, muestra hace muy poco tiempo los primeros síntomas de la cultura que está penetrando, mientras casi el 95% de su territorio todavía está ocupado por una maravillosa selva. Se debe destacar aquí el hecho, de que al sur del cañón del río Armas la minería prácticamente no aparece, y agricultura (maíz, azúcar, plátano) es la base principal, de la economía combinada con una escasa ganadería.

La comunicación entre las minas de Marmato y la orilla oriental del río Cauca, se realiza hace algunos años a través de un puente colgante en Cana, construido y colocado por un alemán. En este paso el Cauca corre entre altas montañas y está reducido a su mínima anchura (más o menos 200 pies), y las aguas pasan aquí en espumosos remolinos en su lecho rocoso. En este cañón conocido como muy malsano, reina un calor infernal. Desde el puente de Cana sigue hacia la montaña y Pácora, y vía Salamina y el Páramo de Herveo hace la comunicación con Honda. Por ese camino pasaron antes la sal marítima, hierro, acero, mercurio, instrumentos y toda clase de provisiones para satisfacer las necesidades de las minas y sus habitantes en Marmato; pero el tráfico disminuyó bastante debido al mal estado del trayecto Fresno-Manzanares-Salamina, y hoy los transportes van por Aguacatal y Manizales. Un segundo camino, que sigue paralelo al Cauca hasta la desembocadura del río Pozo, construido hace poco, hace ahora posible la penetración en las selvas del sur del río Pozo. Este río con una anchura aquí de 30 pies, se pasa por un puentecito de guaduas; luego entra el camino del bosque, tomando la dirección sureste y subiendo pasa la colonia Tambor (1.810 metros), hasta llegar al caserío Planadas (1.920 metros), ubicado en el centro de algunos potreros. Al oriente de Planadas, y al otro lado de la hoyada de la quebrada El Palo, se levanta casi verticalmente el alto del Perro, una de las cuchillas más altas de esta parte del Estado. El vallecito de la quebrada Maivá y sus afluentes, son ricos en salados. Sobre una altura entre las quebradas Maivá y Honda se encuentra Filadelfia (1.500 metros), fundada en los años de 1850 y 1860 por desertores y prófugos; hoy es un pueblo de más o menos 300 habitantes y rodeado de cultivos de maíz. Difícil y peligroso es el paso de la quebrada de Honda, a través de un cañón cubierto de guadua que no permite ninguna vista. Después llegué el 30 de noviembre otra vez al camino real, junto a la hacienda Canta Delicia, y a través de una cuchilla, y pasando por el decaído pueblito de Neira, y el cañón del aquí 20 pies de ancho río Guacaica, llegué a Manizales, al final del viaje.

MANIZALES

La ciudad de Manizales, a una altura de 2.120 metros (o según Teiss y Stuebel 2.135 metros), está situada sobre una saliente de las montañas del sur de Antioquia, cerca del río Chinchiná, que es límite con el Estado del Cauca. Manizales se fundó apenas en el año de 1848 (septiembre) por gentes de Neira, y tomó su nombre de no muy lejano afluente septentrional del Chinchiná al río Aguasclaras o Manizales. La interpretación de la palabra es la siguiente: “río, en el cual se encuentran muchos y gruesos guijarros (maníes)”. En otra ocasión hablé de la importancia estratégica de esta plaza, y por lo mismo se encuentra aquí la guarnición de un batallón de la Guardia Colombiana, para defender —debido al latente peligro de un levantamiento de los conservadores en Antioquia —esta posición clave que se considera con toda la razón como la llave de Colombia. Aún más importante es Manizales como centro del comercio entre los Estados de Antioquia, Cauca y Tolima. Desde aquí sale el camino principal hacia el norte (Rionegro y Medellín), oriente (a través del Aguacatal hacia Honda y Bogotá, y por el Ruiz hacia Ambalema), sur (los caminos viejos y nuevos hacia el Cauca, que se unen en las Guacas, cerca de Santa Rosa de Cabal) y hacia el occidente (pasando por Anserma Viejo hacia el Chocó y el Océano Pacífico). Las casas de importación en Manizales se independizaron de las de Medellín hace 8 años, y atienden el sur de Antioquia hasta Salamina y una gran parte del norte del Estado del Cauca con mercancías europeas. Grandes caravanas de bueyes se dirigen a Pereira y Cartago para traer el excelente cacao del valle del Cauca y llevarlo a Medellín y Rionegro, porque este indispensable artículo alimenticio se produce en pocas cantidades en Antioquia, debido a una enfermedad que hace años está castigando sus cultivos. Al principio de este siglo la importación de cacao desde el Valle del Cauca y el alto valle del Magdalena alcanzó un valor de \$100.000, y la población llegó a 106.000 habitantes; pero de entonces a hoy la producción de cacao no ha aumentado, mientras la cifra de población fue de 1870 de 365.000 habitantes, así que es fácil formarse una idea sobre la importancia de este comercio. El Ministro del Comercio, Marco Aurelio Arango, calculó para el año de 1878 una producción total de 565 cargas (a 250 libras españolas = ca. 65.000 kilos) con un valor aproximado de \$40.000, lo que equivale a un precio promedio de \$60.000 por carga, mientras que en el año de 1822 solamente se pagaban \$40.00. El gran incremento de la importación del cacao data de 1853, cuando la enfermedad (mancha) en forma alarmante empezó a destruir las grandes plantaciones en los alrededores de Santa Fe de Antioquia. Para el año de 1873 se calculó la importación por Manizales en 4.500 sacos de 5 arrobas (260.000 kilos), y según datos de las casas importadoras de Manizales, llegó esta importación en el año de 1880 a 10.000 sacos (460.000 kg.) por un valor aproximado de \$300.000. El muy lucrativo comercio de

cacao tiene la culpa de que la línea telegráfica entre Cartago y Manizales, que hubiera comunicado a Antioquia con la Costa del Pacífico, no se hubiera construido. Los comerciantes, aprovechando cualquier medio para impedir una comunicación directa entre los productores en el Cauca y los consumidores de cacao de Antioquia, destruían la línea telegráfica cada vez que podían, así que el Gobierno resolvió ya hace años abandonar esta obra. Las líneas telegráficas de Manizales a Medellín, y las de Cartago-Cali-Buenaventura, existen ya hace tiempos, y a veces funcionan.

Ya hemos hecho mención de que Manizales también domina las comunicaciones y el comercio entre Honda y las Minas de Marmato, desde cuando se dañó el camino a través del Páramo de Herveo, apenas inaugurado en el año de 1860. También el comercio con el Chocó vía Anserma, durante mucho tiempo de poca importancia, ha experimentado un nuevo aumento debido al descubrimiento de minas de oro, y al redescubrimiento de otras sobre el río Tatama, un afluente del San Juan, todas las cuales han provocado una considerable inmigración hacia esos parajes.

Desde la primera visita a Manizales, en el año de 1878, el poblado ha crecido de tal manera que casi no lo reconocí. En la actualidad (1880) tiene 12.000 habitantes y el gran número de sus edificaciones es índice de continuos inmigrantes. No menos de 100 casas y ranchos estaban en construcción. Los frecuentes y fuertes terremotos de los años 1875, y 1878, causados por el cercano volcán del Ruiz, sólo interrumpieron momentáneamente el crecimiento de la ciudad. Apenas transcurridos algunos meses sin movimientos técnicos y calmadas ya las mentes, los refugiados, junto con nuevos inmigrantes, regresaron a la ciudad, en cuyas esquinas aparecieron otra vez, dedicados a sus labores los albañiles y carpinteros. El convencimiento de que en Manizales se podía hacer dinero, y el deseo de aprovechar esa oportunidad, dominaron en el aventurero antioqueño el bien fundado miedo ante el intranquilo volcán del Ruiz. La Iglesia, bastante averiada por causa de dos terremotos en el año de 1878, y solamente en mínimo grado restaurada, desfigura con su estado ruinoso la plaza principal, cosa que interpreto como una disminución de sentimiento religioso entre los manizaleños, tan fuerte en el resto de Antioquia.

La parte central de la ciudad, incluida la plaza, está edificada sobre una loma, por cuyas vertientes se extiende hacia abajo. En el occidente esa loma está dominada por una estrecha y fuertemente inclinada cuchilla, que aún forma parte del área urbana, y desde donde se ofrece una excepcional vista sobre la pared de Marmato, las montañas de Caramanta, la cadena de los páramos y las montañas nevadas de la Cordillera Central. De las última se dominan desde aquí tres:

- 1º. El Nevado del Tolima
- 2º. El Nevado de Santa Isabel y

3º. La Mesa Nevada del Ruiz.

Si anteriormente hablé de las trochas que comunican a Manizales con el mundo exterior, por lo menos es justo hacer aquí mención de un gran trabajo en el arte de la construcción de vías, que estaba destinado a satisfacer el orgullo de los manizaleños y la admiración de los forasteros. Una carretera en construcción, de la que ya se había adelantado una legua, era muestra típica del modo tan precipitado e impensado como el fácilmente entusiasmado hispanoamericano empieza los trabajos más difíciles y costosos, para abandonarlos después de corto tiempo, desilusionado y aburrido. La historia de esta carretera es, en pocas palabras, la siguiente: Un tipo vivo y especulador se consiguió en Barranquilla un coche viejo, que desarmado y sobre las espaldas de los bueyes de carga, fue llevado a Honda, a través de las alturas del Aguacatal hasta Manizales, en donde causó una sensación tan grande como justa, ya que se trataba del primer vehículo de su clase que llegaba a esta ciudad. En el pueblo soberano se despertó el deseo —seguramente fomentado por el dueño del coche, que estaba interesado en el aprovechamiento económico de su adquisición —de ver trabajando este vehículo. La municipalidad, preocupada por su popularidad, dictó una resolución ordenando la construcción de la carretera hacia el páramo del Aguacatal. Más tarde, seguramente, se encontrarían medios para llevarla a través del páramo hacia Honda. La idea era demasiado absurda, pero no dejó de recibir la aprobación total. El mismo gobierno del Estado no se pudo alejar del entusiasmo por la gran obra patriótica y ordenó una subvención de sus escasos recursos. Media compañía de zarpadores y un grupo de presos empezaron inmediatamente la obra, y a fines de 1880 el coche, siempre ocupado, corría de la mañana a la noche sobre la carretera de una legua de extensión. Los ricos y los pobres se dedicaron a este nuevo deporte de pasear en coche, y el dueño del mismo tuvo grandes ingresos. Al Estado costó esa diversión muchos miles de pesos, y la continuación de la carretera se aplazó ad calendas graecas.

El espíritu progresista de los manizaleños, planeó en el año de 1879 una tubería para traer las aguas calientes conocidas bajo el nombre de Termales, que se encuentran a cuatro leguas de la ciudad en las faldas del Ruiz, sobre el camino hacia Ambalema. Una parte del acueducto se había terminado en la forma más rudimentaria y con un costo de más o menos dos mil pesos (\$2.000), cuando una revolución acabó con el trabajo. Todavía hace algunos años un ciudadano de Manizales sostuvo una casa en termales (mejor dicho rancho) para recibir bañistas reumáticos. Durante un largo tiempo las visitas eran frecuentes pero luego se abandonó el lugar debido al clima frío. Termales se encuentra a una altura de 3.500 metros sobre el nivel del mar.

La muy activa importación de productos regionales del Cauca y Tolima, que no está compensada por una exportación proporcionada, es causa constante de la falta de dinero en Manizales. El Cauca y el Tolima

sólo reciben monedas de plata (las hay de \$1.00 y de \$0.50), por el cual son muy escasas en toda Antioquia, en donde aun las pequeñas sumas en moneda dura provocan por regla general un agio de 1% a 2%. Seguramente existen muy pocos países donde la situación de la moneda sea más enredada que en Colombia. Monedas que en un estado circulan sin objeción, no se reciben en el estado vecino, o sólo con una gran pérdida. Monedas de oro sólo se encuentran muy esporádicamente en forma de onzas españolas, mexicanas, cóndores colombianos y aun de cinco, diez y veinte dólares norteamericanos. En plata dura se encuentran las monedas de todos los países hispanoamericanos, con excepción de los de La Plata, y de la moneda divisoria norteamericana; hasta la regiones al oriente del río Magdalena, llega a veces desde Venezuela el viejo prusiano (preussische Thaler). Además de los ya nombrados cóndores, y cóndores dobles (10-10 pesos y 10 y 20 = 40 y 80 marcos), pesos de plata de 10 reales (=4 marcos), monedas de 50 centavos (=2 marcos), pesetas o dos reales (=0.80 marcos), reales (=0.40 marcos), medios (=0.20 marcos), y cuartillos (= 0.10 marcos), las dos últimas categorías no son muy frecuentes. Circulan también en grandes cantidades los pesos sencillos de ocho reales (3.20 marcos), de los primeros tiempos de la república. Monedas de cobre no se encuentran, pero hace algunos años se importa el níquel de 1 1-4 (= 0.05 marcos) de una pequeñez microscópica¹.

Desde el año de 1881 también existen monedas de dos y medio centavos. Su introducción realizada en grandes cantidades, fue causa de los fuertes ataques al gobierno del presidente Núñez, al cual se acusó abierta y camufladamente de la adulteración de la moneda. Entre las monedas con precio de 10/10 pesos, valor importado de los Estados Unidos, se encontraron muchas de plomo, sufriendo por ello esta moneda tal desvalorización que sólo circulaba con grandes dificultades. Muchas otras de las arriba nombradas no circulan tampoco en todas partes con la misma facilidad. Mientras que en Cartagena se reciben casi todas las que existen, se tiene en Barranquilla una muy arraigada antipatía contra las recortadas o perforadas, o cuyo relieve no es reconocible, es decir, contra más o menos la tercera parte de la moneda circulante del país. En algunas regiones cálidas de Cundinamarca (los distritos de Tocaima, La Mesa y otros) existe desconfianza por las monedas de \$ 0.50, entre las cuales se encuentran muchas falsificadas; en el Cauca y el Tolima se recibe sólo la moneda de plata no adulterada, y en el año de 1888 nadie recibió en Cundinamarca las

¹ Una moneda de dos y medio centavos, de igual valor a una moneda alemana de 10 pfenning, sólo pesa un gramo, más o menos la cuarta parte de la moneda alemana.

pequeñas monedas de níquel, que en otras regiones gozaron de amplia popularidad como moneda de limosna (entre los caritativos, pero no entre los pordioseros)².

Antioquia, donde se sufre, como ya he dicho, de una escasez absoluta de moneda de oro y de las grandes monedas de plata (sólo se encuentran monedas de uno y dos reales y relativamente pocas de cinco reales o cincuenta centavos), está inundada con dinero de papel. Estos billetes (de uno a cien pesos) no han sido emitidos por el gobierno o un banco garantizado por el Estado, sino por personas particulares de Medellín y ¡oh! asombro —tienen circulación sin restricciones en todo el Estado. No son propiamente los bancos los que hacen circular dinero de papel, sino casi siempre las grandes casas de importación, que mantienen crecidas sumas de estos billetes. Seguramente en ninguna otra parte de Sud-América, tan frecuentada por las revoluciones y con tan escasas garantías para la propiedad particular, se repite este fenómeno de honradez. Una sola casa en Medellín, la firma Botero Arango e Hijos, tenía en 1880 cerca de \$600.000, y la casa Restrepo y Cía. aproximadamente \$260.000 en circulación, etc. Aun en los pueblos más alejados de la capital se rechazan raramente estos billetes, lo que es una muestra de la confianza sin límites, bien merecida, de que gozan los comerciantes de Medellín. Y eso que el antioqueño generalmente es conocido como desconfiado y cuidadoso. En forma brillante se confirmó esta confianza durante la gran guerra de los partidos que estalló sorpresivamente en el año de 1876. Se presentó un pánico muy natural, y todos los billetes llegaron a Medellín, donde las casas emisoras se vieron ante el compromiso de pagar más de un millón de pesos, a tiempo que la moneda de metal había desaparecido como por encanto, según sucede siempre en Colombia en época de revoluciones. En esta situación de emergencia todo el comercio de Medellín, defendiendo sus propios intereses, se comprometió a cumplir los compromisos, reconociendo cada peso de papel que entraba, como un adelanto a las casas emisoras. Este compromiso se cumplió en forma tan estricta que todos los billetes se cambiaron puntualmente. Al poco tiempo la confianza en las casas emisoras estaba restablecida, y la crisis, que en otra ocasión hubiera traído la bancarrota sobre todo Medellín, se venció sin pérdidas. Esta actitud seguramente es única y excepcional en toda la América Española. Desgraciadamente termina en el límite de Antioquia el territorio de circulación de los billetes de Medellín, y yo, ante la necesidad de continuar mi viaje hacia el Cauca, me vi obligado a cambiar algunos centenares de pesos por moneda de plata, lo que me costó además de dos días de trabajo, un dos por ciento de agio, debido a que hace poco se realizó una fuerte exportación hacia el Cauca.

² En algunas partes de Cundinamarca encontré, en el año de 1879, la rara costumbre de que en las tiendas, cuando se realizaban pequeñas compras, y por falta de cuartillos no se podía dar vueltos, en monedas, se daba al cliente sencillamente un anisado.

Me domoré lo suficiente en Manizales como para ser afectado por una contribución general, que se realiza entre Navidad y Año Nuevo y que se llama Aguinaldos. Este tiempo es bastante parecido a los Etrennes franceses. No solamente los mendigos, sirvientes y obreros, sino también los muchachos de la calle, los niños de las familias amigas y —cuando la amistad es más íntima— también las damas exigen su aguinaldo, que puede consistir, según las circunstancias, en efectivo, frutas, dulces, cintas, etc. La navidad tiene en esta región poca importancia, y no se acostumbran las visitas en el día del Año Nuevo. Pero otra cosa es una fiesta de los últimos días del año, el día de los inocentes (día de los inocentes niños del 28 de diciembre) que tiene en Colombia la misma importancia que el 1º de abril en Alemania; en las partes del Nor-Oeste de Antioquia, especialmente en la ciudad de Santa Fe de Antioquia, este día reemplaza el día de carnestolendas y es festejado con carnavales y bailes de disfraz.

Al fin todavía tuve ocasión en Manizales de asistir a unas festividades populares (sencillamente llamadas fiestas) que ahora otra vez han surgido. Mientras la pompa de las fiestas religiosas más y más se empalidece, la de las fiestas populares es cada día mayor.

El hecho de que en este año participaron en las fiestas los dos partidos, por primera vez desde 1876, se consideró como de gran trascendencia e indicativo de un largo período de paz. Tales fiestas no están ligadas a ciertas fechas, ya que éstas se determinan con bastante arbitrariedad por comités nombrados por sí mismos. En algunas regiones se realizan en el día de San Juan, que es el escogido para ello desde tiempos inmemoriales. Se prolongan por tres o más días y se componen de maestranzas, carreras, toreo, bailes de disfraz y, desgraciadamente, también de encuentros a cuchilla blanca. Los gastos se reparten por días y por grupos o individuos, que en recompensa pueden elaborar el programa para su día, siendo al mismo tiempo los alférez. En Manizales lo eran el primer día los comerciantes y los oficiales del batallón aquí acantonado; el segundo los propietarios y los arrendatarios del monopolio de aguardiente y tercero los empleados públicos y los industriales, reuniéndose bajo este nombre los sastres, los carpinteros y los zapateros. El final de todo lo forma un gran desfile del batallón de los zapadores, que parece bajo el concepto europeo más bien una danza de ballet; sin embargo, debo reconocer que la tropa era bien entrenada e incomparablemente mejor disciplinada de lo que he visto en Venezuela, Guatemala, Costa Rica, etc.

DE MANIZALES HACIA EL CAUCA

Salí de Manizales el 23 de diciembre de 1880. Para viajar hoy día hacia el Cauca, la mayoría no escoge el viejo camino real que pasa por los pueblos de Santa María y San Julián, sino tomé este camino, que lleva todavía medio día de viaje por territorio antioqueño, hasta llegar al río Chinchiná, una salvaje corriente de agua de la montaña que forma el límite. Hay dos ríos que aspiran a llevar el nombre de Chinchiná: el uno, del Ruiz y el otro, que lleva los nombres de Aguas Claras y Manizales, viene del páramo del Aguacatal. Ambos ríos se reúnen más o menos una legua y cuarto abajo de Manizales. Pero oficialmente se denomina ahora como río Chinchiná, el río Manizales, lo que es de suma importancia para la demarcación de la frontera. Desde Manizales hasta el río Chinchiná que se cruza por un peligroso puente de guadua, encontré sobre el camino muchos ranchos abandonados y destruidos, señal dejada a su paso por los negros de Jorge Isaacs, que en su ciego deseo de destrucción no distinguieron entre amigos y enemigos. La región todavía está dominada por el terror y el temor que sembraron estos vándalos y pocos son los habitantes que han regresado, y que ahora no encuentran palabras suficientes para describir lo que ha pasado.

Al otro lado del Chinchiná empieza un territorio, que aun cuando políticamente pertenece al Cauca, está habitado casi exclusivamente por antioqueños. Este territorio se extiende hasta el Río de La Vieja junto a Cartago, donde empieza la cálida y húmeda llanura del Cauca.

Esta llanura es demasiado calurosa para los hijos de las montañas, quienes en vez de seguir hacia el sur, trepan y cruzan la cordillera central y se radican en la región montañosa del norte del Tolima. El territorio colonizado por antioqueños en el Estado del Cauca comprende el Municipio del Quindío, en la orilla derecha del río Cauca, con excepción del distrito de Cartago. Tenía este territorio en el año de 1870 aproximadamente 16.000 habitantes, cifra que desde entonces ha debido crecer considerablemente. Así, por ejemplo, tenía en el mismo año todo el distrito de Pereira (el antiguo Cartago viejo) únicamente 633 almas. Seguramente no me equivoco, si digo que en el año de 1880 la sola población de Pereira tiene entre 1300 y 1600 habitantes. Con excepción de Pereira y Santa Rosa de Cabal, todas las demás poblaciones en esta tierra fronteriza son de fundación más reciente y de población puramente antioqueña, que no siempre se compone de los mejores elementos de la madre patria; en estas condiciones están Salento, sobre el Quindío, San Julián, Segovia, Palestina y San Francisco. Hace tiempos se había pensado en Antioquia en anexas este territorio colonizado por antioqueños, y efectivamente existió un convenio secreto entre los godos rebeldes del Cauca y el gobierno conservador de Recaredo de Villa en Antioquia, según el cual este último recibiría como recompensa por su ayuda en derrocar el gobierno del Cauca, todo el territorio al norte del río de La

Vieja y un gran parte del territorio del Atrato. Desgraciadamente el contrato quedó como letra muerta y a Antioquia le sigue haciendo falta su salida natural al mar, mientras en el territorio fronteriza impera un régimen sin ley, que es lo normal en el Cauca.

En el año de 1873 el señor Moreno, secretario del Estado de Antioquia, calculó en cerca de 40.000 el número de las personas que han emigrado en los últimos lustros, siendo de advertir que desde entonces han salido por lo menos 20.000 más, lo cual es una pérdida inmensa para un Estado cuya población total alcanza aproximadamente a 400.000 habitantes.

San Francisco fue el primer pueblo por donde pasamos y lo formaron la iglesia y algo menos de 80 ranchos. Luego nos tocó cruzar a nado el crecido río Campoalegre, donde casi se nos ahoga una mula y donde se perdió una parte de nuestro equipo. En el bosque sobre el alto del Elembo encontramos a varios hombres abriendo una guaca, que para desilusión de ellos no tenía oro sino unas vasijas de barro de rarísimas formas, las cuales hallaron cupo en mis alforjas. De que en esta región tales encuentros son frecuentes, es índice el nombre Las Guacas de nuestra posada, que se encuentra, junto con otros ranchos, en una planicie frente alas montañas nevadas, donde el viejo camino que pasa por Santa María se reúne de nuevo. En honor de la cercana fiesta de la Natividad, la dueña de la casa había preparado la típica comida navideña de Antioquia, la natilla, que es un pudín muy agradable al cual se agregan como ingredientes jugo de frutas, leche y azúcar, y que no puede faltar ni en el rancho más pobre. El día siguiente, 24 de diciembre, pasamos alrededor de las diez de la mañana por Santa Rosa de Cabal, un pueblo decaído y desagradable, de unos 120 ranchos. Aquí estaban en fiestas, y no obstante lo temprano de la hora, en el pueblo, inclusive las mujeres, se encontraban en una borrachera, no de alegría sino a consecuencia del aguardiente.

Con fuerte galope huímos de las ovaciones que nos brindaban. Desde Chinchiná hasta el río San Eugenio, al sur de Santa Rosa de cabal, el suelo apenas es suavemente ondulado, sin fuertes pendientes; pero entre San Eugenio y el Otún, se extiende un alto ramal de la Cordillera Central hacia el Valle del Cauca, a través de cuya parte más alta —el Alto del Oso, a 2.100 metros —pasa el camino. Este es aquí tan malo que en la época de las lluvias, sobre todo, resulta intransitable. No obstante hacer ocho días que no llovía, los lodazales dificultaban aún a los cansados animales el paso con jinete y carga a través de ellos.

Llegados al borde meridional de la cordillera, se extendió a nuestros pies la amplia y fértil llanura del Cauca, cuya vista nos compensó en parte de las dificultades del mal camino. Al pie del Alto del Oso corre el río Otún, que se cruza por un viejo y débil puente. Al otro lado del mismo, el camino pasa por Pereira, un pueblo de unos ciento ochenta ranchos y centro de un distrito que se caracteriza por el cultivo del cacao. Este producto se despacha casi exclusivamente hacia Antioquia, donde alcanza un precio bastante mejor al

de los mercados de ultramar. Actualmente los comerciantes antioqueños ofrecen en el lugar de la producción de 20 a 22 centavos por cada libra española, mientras que por el cacao del Cauca se pagan en Nueva York de 19 a 21 centavos. En ciertas épocas se despachan grandes cantidades de este cacao a través del Quindío hacia La Mesa, pequeña ciudad cercana a Bogotá y centro principal del comercio de los productos regionales de Cundinamarca y Tolima. Desde el año de 1877 Pereira también era centro de un considerable comercio de caucho. En los bosques de la Cordillera del Quindío se encontraban grandes reservas de caucho, que se explotaron sin misericordia. Actualmente, debido a los bajos precios del caucho en los mercados europeos, los caucheros tenían suspendidos los trabajos.

Ahora uno se da cuenta de que se halla en el Cauca. Entre los habitantes ya hay muchos negros y mulatos, y la construcción de los ranchos es diferente. Los pueblos de la llanura se extienden muy ampliamente, y alrededor de cada rancho edificado de guadua se levanta una cerca que encierra un pequeño corral, cubierto de yerbas, donde se encuentran numerosos marranos. En cada uno de los corrales hay palmas de coco y totumos. Entre Pereira y Cartago existen extensos y bien conservados potreros, entre cuyos pastos tan altos casi se pierde de vista el ganado. Los potreros están cerrados por cercas de guadua, limpias y artísticamente presentadas. En la tarde de este día, era la nochebuena, nos quedamos en un rancho del camino, llamado Quimbaya (1.290 metros); aquí pasamos la noche en unión de numerosos herreros y, desgraciadamente, aún más numerosas pulgas, durmiendo sobre el suelo. Nada hace sentir tanto al viajero el cambio de la tierra fría a la templada y caliente, como las diferentes especies de plagas que puso la Divina Providencia en el paraíso de los trópicos para molestia del hombre. Bajando de las montañas de Manizales hacia la llanura del Cauca, desaparecen un poco las pulgas (*pulex*) compañeras del hombre en las regiones frías; ya en Cartago empieza la región de los chinches, que a lo largo de la orilla del Cauca hasta más allá de Quilichao, se reparten con los zancudos la tranquilidad y el sueño de los habitantes. Allí donde la llanura se convierte en altiplanicie, con el clima ya más fresco, la pulga se anima de nuevo y brinda verdaderas orgías en Popayán, conocida como la metrópoli de este insecto en Colombia. Estos son los tipos principales de los malhechores; sus ayudantes con las niguas, que se entierran de los dedos y provocan dolorosas hinchazones y heridas; la garrapata, los alacranes y las desagradables cucarachas, con tamaño hasta de varias pulgadas, y, en fin, las hormigas de diferentes tamaños y colores, que se encuentran desgraciadamente en todas partes y en grandes cantidades.

También los Aracuatos celebraron la Nochebuena, y el dirigente del coro era dueño de catastróficas capacidades de sus cuerdas vocales. Unos disparos al aire tampoco aliviaron esta situación. Era imposible pensar en dormir. Así, en la madrugada del 25 de diciembre, antes de la salida del sol, partimos a caballo

desde Quimbaya a través de una tierra sin árboles y suavemente ondulada hacia Cartago, donde llegábamos a medio día, después de un difícil cruce del aquí ancho y profundo río La Vieja (afluente del Cauca), cerca de la ciudad.

Cartago, una de las ciudades más antiguas de la época de la conquista (fundada en 1540 y trasladada a fines del siglo 17 al lugar donde se encuentra actualmente), está casi en ruinas. De las casas viejas y macizas del tiempo colonial en el centro de la ciudad, muchas están vacías; y en las calles crece el pasto vigorosamente. Si no fuera por el comercio del cacao de los antioqueños, aquí reinaría el silencio de la tumba. Esta ciudad, con aproximadamente 3.000 habitantes, no tenía posada ninguna; una casa amablemente puesta a mi disposición, con el tejado medio caído y habitada por numerosos murciélagos, me sirvió de albergue. Amoblé esta casa con mi hamaca y duré tres días en ella, hasta cuando seguí mi viaje hacia Cali. Cartago se halla a una altura de 940 metros sobre el nivel del mar (Reiss y Stübel dan para la plaza, que se encuentra algo por debajo de mi sitio de observación, 912 metros), y a casi una legua de distancia de la llanura del Cauca, donde se concentra el comercio de la región. Importa sus mercancías europeas vía Manizales, y parte considerable también en balsas desde Cali. El camino del Quindío, que arranca desde aquí a través de la Cordillera Central hacia Ibagué, en el Estado del Tolima, sólo sirve al escaso comercio de los productos regionales, consistentes en cacao, caucho y otros artículos de menos importancia, que llevan las mulas a Ibagué y La Mesa, y las que de regreso traen harina, telas de algodón y lana de Cundinamarca; desde Zipaquirá se despacha sal de gema hacia el Cauca. Aquí en Cartago el estado cobra los impuestos de importación de la mercancía que es introducida desde el nor-este. Tal tributo es una molestia muy grande para las comunicaciones comerciales, pero se cobra en todos los estados colombianos y representa una de sus principales fuentes de ingreso después del monopolio del aguardiente. Muchos otros impuestos indirectos existen, pero alcanzan poco volumen.

Ningún viajero que visita a Cartago debe olvidar subir al Cerro de la Tres Ceibas que se encuentra al sur de la ciudad. La vista de la ciudad y sus alrededores, que forman el río de La Vieja y, en el fondo, las plantaciones de cacao con el sombrío de los búcaros, luciendo sus grandes flores rojas, representa uno de los paisajes –sin ser grandioso –más amenos que se encuentran en las llanuras de la América Tropical. Las cuatro iglesias del templo colonial carecen de importancia. Una de ellas se levanta frente a mi habitación, y gracias a esta vecindad tuve todas las mañanas el raro agrado de oír el potpurri de Orpheus en el infierno y La Bella Helena, que tocó el organista en la misa.

Para continuar el viaje hacia Cali, tuvimos que llevar provisiones porque el camino hasta Tulúa era conocido como muy desprovisto de éstas y, además, el viajero nunca está seguro de encontrar hospedaje

entre la escasa y muy poco amable población. Antes, quiere decir el año de 1862, la situación era distinta. En esa época, bajo el régimen del partido conservador, todo el Cauca era una tierra rica y bien cultivada; a través de la amplia y fértil llanura desde Cartago hasta Quilichao se encontraban grandes haciendas, propiedades de ricos hacendados, donde el viajero era bien recibido. Hoy todavía es casi seguro este mismo recibimiento en las pocas haciendas que subsisten, pero en el Cauca septentrional ya hay pocas de éstas. El florecimiento del Cauca antes de 1862 me lo describieron hombres de ambos partidos como algo excepcional y sin ejemplo. Sin asegurar se dice que los elevados artesanos y pequeños comerciantes en las ciudades comían en vajilla de plata. Con todo eso acabó de un golpe la revolución de 1862. Debido a esta revolución llegó en Colombia al poder el partido liberal, o lo que era para el Cauca lo mismo, el populacho negro, bajo la dirección de unos políticos sin escrúpulos. Aunque no se puede negar que dicho partido ha realizado grandes obras en otras partes de Colombia, es preciso aceptar que gracias a él, el Cauca cayó en una completa ruina que se desarrolló lentamente y que fue sellada por la desgraciada guerra de 1876/77, provocada irresponsablemente por los conservadores extremistas. La mayoría de los hacendados están en bancarrota, siendo aún jurídicamente dueños de sus haciendas. Les falta el capital para reconstruir lo destruido y la mayoría de ellos, después de luchar durante muchos años contra el fanatismo destructor de los negros, se han resignado y no quieren empezar de nuevo. El negro libre del Cauca, que sólo es capaz de trabajar bajo el empuje de una pobreza muy amarga, es sin embargo capaz de continuo trabajo destructor, que debería emplear en cosas más dignas. Cerca de Bugalagrande, en una hacienda floreciente se tumbaron durante una de las últimas guerras 60.000 árboles de cacao, uno por uno. Cerca de Palmira vi haciendas donde los linderos se habían reemplazado por cercas vivas de agraves (Cocuyza), que los dueños se vieron obligados a colocar, según me lo contaron, en vista de que los negros quemaron repentinamente (en tiempos de paz) los postes de madera viéndose obligados a respetar algo de esta nueva defensa. Entre Cartago y Bugalagrande pasamos por un rancho humilde, que representó la casa señorial de La Paila, considerada como la hacienda más grande del Cauca. Esta hacienda, propiedad de la familia Caicedo, tiene más de 60 leguas cuadradas (de estas naturalmente muchas de bosque) y en su territorio existe, además de una mina de oro, una salina que se trabajó antes. En tiempos pasados —según me contaron en Bugalagrande— la hacienda tenía maravillosas plantaciones de cacao y potreros hasta con 15.000 cabezas de ganado. Todo eso fue destruido por el vandalismo de los negros durante las pasadas revoluciones. No se ve ni una huella de cultura y el hijo del actual dueño de la hacienda que vive allá en una gran pobreza, nos mostró dos caballos y una vaca como todo su inventario vivo. Parece que los cultivos disminuyeron más entre Cartago y Buga, mientras que en los alrededores de Palmira hay bastante cultivo de tabaco, así como caña de azúcar

en las plantaciones más grandes, y reina más actividad. Aquí se encuentran algunas haciendas de propiedad o en administración de extranjeros (entre ellos varios alemanes) que generalmente son escasos en el Cauca. Las garantías para la vida y los bienes de las personas son aquí casi inexistentes. Los recuerdos del espantoso 24 de diciembre de 1876, cuando las ebrias hordas de los negros entraron a Cali, que fue desocupada por el enemigo, para asesinar y saquear, todavía despiertan hoy entre los extranjeros y nacionales espanto y miedo. Durante aquel día seguramente se hubiera destruido por completo a Cali, la metrópoli comercial del Cauca, si no hubiera sido porque los negros, que saquearon primero las tiendas de licores, se hicieron —excepto algunos pocos —incapaces para cualquier otra acción debido a una total borrachera. Es un hecho muy conocido que durante este asalto se saquearon las boticas y sus depósitos líquidos fueron bebidos por los semi-salvajes, algunos de los cuales, a consecuencia de ello, murieron en las calles de Cali (cincuenta muertos quizá es un número exagerado). Los negros más malos e irrespetuosos del Cauca viven en la región de El Bolo y Pradera, cerca de Palmira; son ellos los soldados siempre listos a cualquier héroe de revolución cuya acción promete botín. En los bosques de las vertientes de las dos cordilleras que encierran el valle del Cauca, vegetan numerosos negros que se pueden comparar con los negros marrón que vivían en las colonias de las Indias Occidentales. Sea que ellos tuvieran conflictos por crímenes demasiado graves con la tan amplia justicia caucana, o sea por el deseo de regresar a un estado de salvajez característico de esta raza, lo cierto es que buscan la soledad de los bosques, donde regresan de nuevo lentamente a las costumbres de su tierra natal africana (tal como se observa con frecuencia en el interior de Haití). Son estos unos individuos sumamente peligrosos, especialmente en los tiempos de las revoluciones, cuando se juntan en grupos y entran como valientes luchadores al servicio de cualquier héroe de la libertad que les promete botín.

El 27 de diciembre salimos de Cartago. El camino era difícil de encontrar y con frecuencia estaba cruzado por las huellas del ganado, que aquí anda libremente en busca de las corrientes de agua; en otras partes se pierde por completo en una llanura cubierta de un pasto seco, exigiendo toda nuestra atención, ya que no llevábamos un guía con nosotros. El camino de sólo seis leguas hasta el caserío La Victoria (algunos malos ranchos de negros) se nos alargó en una mitad más de su extensión debido a que nos perdimos varias veces. El terreno era plano y solamente acercándonos a la Cordillera Central pasábamos por algunas pocas lomas bajas. Además de los dos pueblos con parroquia, Zaragoza y Naranjo (cultivos de cacao y caña de azúcar) se veían pocos sitios poblados. En la época de lluvias, durante semanas es imposible o por lo menos peligroso viajar por aquí, en la época de verano sólo con mucho cuidado se pueden cruzar las casi secas zanjas cuya superficie está cubierta con un delgado manto de yerbas engañosas, ya que debajo de él

se encuentra una arcilla pegajosa de grueso espesor, en la cual se hunden los caballos hasta el pecho; solamente a costa de mucho trabajo y tiempo se pueden sacar de aquí. Los anchos ríos La Onda, El Mico y La Paila, que por esta época están casi completamente secos, exigen en tiempo de lluvias numerosas víctimas. (Entre Cartago y Tulúa no existe un solo puente). El primero que se encuentra es uno de guaduas cerca a Tulúa, pero tan peligroso que preferimos pasar a caballo el aquí bastante profundo río. Los viajeros muchas veces tienen que interrumpir por algunos días su viaje en alguna orilla de las tormentosas aguas salvajes, esperando que al bajar el nivel permitan el paso de los animales de silla y carga.

En la Victoria acampamos durante la noche acostados en el suelo, entre dos humeantes hogueras que se mantenían vivas, con madera verde, y sin las cuales los mosquitos no eran soportables. Por la excesiva cantidad de esta plaga se puede deducir que los pueblos más grandes de la llanura del Cauca, sin excepción, están ubicados a cierta distancia del río (media a dos leguas). La frecuente inundación de las partes bajas en la orilla derecha, durante las épocas de lluvia, seguramente fue otra causa que impidió a los españoles un acercamiento al río, no obstante que los intereses del tráfico al parecer los obligaron a ello. Cartago, Tulúa, Buga, Palmira y Cali están tan alejadas del río Cauca que obligatoria y principalmente dependían del tráfico terrestre, excesivamente difícil, lento y costoso. Únicamente entre Cali y Cartago se transporta una parte de la mercancía río abajo sobre balsas de guadua. Estas últimas se venden a poco precio a los hacendados en Cartago para cercar sus predios, o por falta de clientes se les entrega a las olas del río.

El viaje del segundo día nos llevó al principio a través de una región cubierta de un corto pajonal seco, entremezclado con un bajo monte; en Zarzal salimos del camino recto, para seguir a través de un terreno ondulado hacia los ranchos Los Limones, porque el calor en el llano abierto se hizo insoportable. Casi todos los ríos y quebradas estaban secos, excepto pequeños manantiales con agua de tinta verde y olor desagradable, que los agotados animales de silla y carga bebieron con avidez. Adelante de Bugalagrande se extiende en muchas millas el monte Murillo, un conjunto de bosque, monte y pajonal de muy mala fama, debida a la inseguridad provocada por los ladrones negros. El asesinato y robo de un posta del correo que vino a caballo de Buga a Cartago todavía estaba fresco en la memoria de todos, y la agitada fantasía de mis sirvientes calificó a dos negros con los cuales nos encontramos, como bandoleros, lo que hizo que nuestra pequeña caravana se juntara y tomara todas las medidas de precaución, que desde luego eran innecesarias. Fue esta la única región en Colombia donde oí hablar seriamente de inseguridad en los caminos (en tiempos de paz).

En el pueblo de Bugalagrande pasamos la noche, y a la mañana siguiente cruzamos el río del mismo nombre. El camino se prolonga en la llanura y las muestras de cultivos aumentan. El llano Los Chancos

despertó recuerdos de la batalla sangrienta de noviembre de 1876, en la cual los godos del Cauca fueron derrotados por las tropas regulares del gobierno de Bogotá. Desde la pequeña ciudad de Tulúa arranca un camino bastante bueno y ancho que se dirige a la ciudad de Buga, sede de muchas familias godas, anteriormente ricas, que se mantienen en cierto aislamiento aristocrático, debido al cual tienen que sentir en forma no muy ventajosa para su situación financiera, en cada ocasión, el odio los políticos liberales. La ciudad está ampliamente construida y tiene un pavimento que sólo se puede andar en animales muy seguros sin que la vida peligre. En los alrededores las haciendas empiezan a mostrar un aspecto menos abandonado y el suelo es mejor cultivado a medida que se acerca uno a Palmira (este mejor se debe entender muy relativamente). Al viajero que viene de Antioquia le llama la atención la poca importancia que se da aquí al cultivo del maíz, así como la preferencia por la caña de azúcar, los bananos, el tabaco y los pastos extranjeros, que cubren extensos potreros de ceiba (Pará y Guinea). La población negra es excepcionalmente fea, las mujeres aún más que los hombres. Las primeras montan en toda la llanura del Cauca a la manera de los hombres, lo cual daba a las cabalgatas ruidosas y ebrias con las que nos encontrábamos, y que regresaban del mercado de Palmira, un aspecto aún más salvaje y desagradable. Las ciudades hermanas de Palmira y Cali (con siete y diez mil habitantes) son los centros comerciales del Cauca Central; Palmira, que era en 1860 un pueblo, tiene hoy un aspecto de más movimiento que la antes más importante Cali, que al parecer ha decaído mucho. Entre las dos ciudades se encuentra el río Cauca (Balsa) y el malsano y poco habitado llano de Malagana, inundado durante la época de lluvia. La distancia es de 4 leguas y se puede vencer en cuatro horas si el calor no es muy intenso; pero en la época de lluvia se necesita desviar un gran trecho para llegar a Cali gastando de uno a un día y medio.

El primero de enero de 1881 llegamos a Cali.

Una posada excepcionalmente sucia y llena de plagas nos produjo desde el principio una impresión del todo desfavorable de la primera ciudad comercial del Cauca, impresión que en nada mejoró con un conocimiento posterior más amplio. No obstante que dos terceras partes de la importación y exportación del Estado tienen que pasar por la vía Buenaventura-Cali, esta última ciudad es, sin embargo, de poco movimiento. Después de que el comercio tuvo un incremento entre los años de 1870/74, las estadísticas oficiales de la Aduana en Buenaventura mostraron en los últimos años una disminución considerable, especialmente en el renglón de las exportaciones, que no guarda proporción con el de las importaciones, lo que obliga al comercio caucano, para poder hacer éstas últimas, a comprar letras en Medellín y Bogotá con un enorme agio (de 10 a 20%). El movimiento en Buenaventura ha sido el siguiente:

IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN	
1870-1871	10/10 pesos 378.490	10/10 pesos	439.754
1871-1872	10/10 pesos 774.756	10/10 pesos	602.017
1872-1873	10/10 pesos 730.973	10/10 pesos	728.375
1873-1874	10/10 pesos 1.096.269	10/10 pesos	912.816
1879-1880	10/10 pesos 846.241	10/10 pesos	455.838

Esta recaída se siente más en Cali. Los depósitos están vacíos, los almacenes son clientes, las casas derruidas y las calles cubiertas casi de yerbas. Los consejos que se han dado para ayudar a este Estado sin crédito, que navega hacia su hundimiento económico, no tocan las raíces del mal. El en primera línea citado proyecto de un ferrocarril desde Buenaventura a través de la cordillera occidental hacia Cali, de donde saldrán otras líneas hacia Palmira y Popayán, y una línea de vapores hacia el río Cauca, no han podido realizarse debido a la falta de medios. Además, hace ya largo tiempo se paralizaron los trabajos del ferrocarril en el bajo Dagua, cuando habían llegado precisamente hasta el pueblo de Córdoba.

La ciudad no tiene ningún edificio de alguna importancia. La domina una loma bastante pendiente coronada por una capilla dedicada a San Antonio, y desde donde se tiene una excelente vista sobre la llanura del Cauca y la cordillera central, de la cual sobresale en el sur el Nevado del Huila.

Los caleños, como los caucanos en general, no gozan de muy buena fama. La inmortalidad es muy grande en todas las clases de la población, pero especialmente entre las bajas, y en cuanto se refiere a su vida familiar el caucano debe considerarse como el antípoda del antioqueño. El deseo de limpieza de los caleños se me manifestó bajo un aspecto bastante raro, del desagüe que pasaba por la calle, frente a mi casa.

Durante mi permanencia de varias semanas en Cali, se celebró el día de reyes con toda pompa, tanto como fiesta de iglesia como fiesta popular. En este día (seis de enero) se realizó una solemne procesión de los algo extravagantemente vestidos Reyes desde la iglesia principal a través de todo el pueblo. Una parte de la aquí estacionada Guardia Colombiana formó la escolta, comandada por un oficial con el sable en alto y un paraguas debajo del brazo izquierdo (ya que el tiempo era dudoso), lo que provocó la hilaridad entre los espectadores forasteros.

El 26 de enero de 1881 salí de Cali en dirección a Popayán. Dos caminos llevan hasta esta ciudad, la capital del cauca. El más frecuentemente usado pasa por Quilichao, conocido por sus minas aluviales de oro (última e inútilmente bautizado con el nombre de Santander), y cruza el río Cauca en el paso de La Bolsa; el

otro, más hacia el occidente, toca el pueblo grande de Buenos Aires y cruza el río en el paso de La Balsa. El último camino, que es más corto, pero que desvía a trechos por regiones muy estériles, fue el escogido por mí. Al sur de Cali se extiende por muchas horas un llano sin árboles en el cual se cruzan los caminos en todas direcciones. Cerca del pueblo de Jamundí, donde se desprende el camino hacia Quilichao, estuvimos durante varias horas extraviados, y más tarde perdimos todavía varias veces el camino; la mala suerte quiso, además, que uno de los caballos cayera insolado. Así llegamos muy de noche a Buenos Aires. En la segunda jornada, bastante corta debido al intenso calor, llegamos hasta el río Aganche, pasando unas lomas estériles y sin agua, no muy lejos del puntudo cerro cónico, La Teta, a cuyo pie se encuentra una mina de oro en función. Desde aquí ya se observan algunos elementos indios entre la población mulata, los que aumentan en número a medida que uno se acerca a Popayán; más allá de esta ciudad forman ya la mayoría de la población. Los densamente poblados municipios del nudo montañoso son puramente indígenas. Los cuatro municipios (Caldas, Obando, Pasto y Túquerres) sumaron en el año de 1870, 142.000 habitantes (con el territorio del Caquetá y Barbaocoas en la costa 171.000 habitantes), o sean dos quintas partes de la población del Estado. El hecho de su origen y el de las costumbres indican que no tienen nada en común con los negros del norte del Cauca, y las dificultades que trae consigo la exageradamente grande extensión del Estado (con el territorio del Caquetá es tan grande como todos los demás Estados colombianos en conjunto), han indicado ya varias veces la división del Cauca en un Estado (indio) del sur, y otro (negro) del norte; pero fracasaron hasta ahora ante la oposición de los círculos gobiernistas de Popayán. La heterogénea composición étnica de la población se expresa en forma visible por los diferentes trajes que usa. A los hombres se les ve frecuentemente con la rústica ruana de lana, hecha en Pasto, mientras que las mujeres de las clases pobres solo se visten con una camisa azul hasta encima de las rodillas que se amarran en la cintura. El tercer día de viaje alcanzamos el río Piendamó, que tiene en su parte superior interesantes cascadas. También entre los ríos Aganche y Piendamó se encuentran muy escasamente agua y bosques, predominando el rastrojo bajo sobre las lomas, entre las cuales pasa el camino. Antes de Popayán se veían algunas grandes y bien cuidadas haciendas con graciosas quintas, donde las familias acostumbran pasar los cálidos meses del verano. El 29 de enero llegamos a Popayán. La ciudad es más pequeña que Cali (el distrito tenía en 1870, 8.400 habitantes) y su centro, formado por viejas y macizas edificaciones españolas, no tiene, sin embargo, un aspecto de ruina como el de aquella, no obstante que el volcán de Puracé, a pocas leguas de distancia, es un gran perturbador que provoca frecuentemente temblores. Ya éstos, a las seis de la mañana del día siguiente, nos obligaron a abandonar rápidamente la casa; pero daños serios no se

registraron esta vez. El Puracé expulsó gruesas nubes de humo y hasta las dos de la tarde cayó una lluvia de ceniza que llenó el aire y los ojos de un polvo fino y quemante.

Popayán es aún más tranquila que Cali. Solamente cuando se reúne la asamblea y los numerosos representantes del pueblo, hacen insegura la ciudad, reina en ella alguna actividad. El hecho del que el gobierno del Estado tiene aquí su sede, ofrece a las familias acomodadas más seguridad que en Cali y Buga, y por lo mismo no viven en un aislamiento tan grande como en dichas ciudades. También las familias de sangre española y de origen noble como los Mosqueras, Arboledas y otros, participan en la vida social. Muy característico de la situación es el hecho de que la capital del Estado no tenía para mostrar nada que se pareciera a un hotel, por lo cual nos vimos obligados a aceptar un gentil ofrecimiento de nuestro paisano el señor Teodoro Böving.

Un ciudadano de Popayán, el señor Elías Reyes, hizo el difícil y costoso trabajo de crear para el sur del Cauca una comunicación con el Brasil y el Océano Atlántico. El navegó un pequeño vapor en el Putumayo, un afluente del Amazonas, y el gobierno central le dió libre importación por varios años para toda la mercancía que se transportara por esta vía. Las dificultades de esta empresa son grandes y por ello en el último año el vapor solo ha podido hacer un viaje. Pero si el señor Reyes es capaz de resistir durante algún tiempo los considerables sacrificios, entonces, el éxito no sólo será seguro, sino que la ciencia podría tener, además, las ricas cosechas en estas regiones selváticas del Putumayo abiertas por el señor Reyes.

A principios de febrero salimos de Popayán otra vez hacia el Norte, atravesando el Valle del Cauca en distintas direcciones hasta llegar a Cartago, de donde empezamos el 20 de febrero el viaje al alto valle del Magdalena.

A TRAVES DEL QUINDIO HACIA BOGOTÁ

Desde Humboldt varios viajeros usaban el paso del Quindío para cruzar la cordillera Central. Conocida es la descripción que nos hace Humboldt del espantoso estado en que encontró el camino, el cual se atraviesa a pie o sobre la espalda de unos cargueros. Bajo el presidente Herrán (1841 a 1845) se empezó la construcción de un camino de herradura, y hoy día, durante la época seca, sería posible recorrer todo el camino desde Cartago hasta Ibagué a caballo, si no fuera por la vegetación tan tupida (especialmente en la vertiente oriental de la cordillera) que lo cubre. En tiempos de lluvia se impone hacerlo a pie. Entonces los profundos hoyos que producen las pisadas de los bueyes de carga están llenos de una pegajosa arcilla, y la

mula más segura tambalea en las pendientes bajadas. De todos modos el Quindio es uno de los pasos más difíciles en Colombia. El viajero está obligado a llevar consigo víveres para varios días, desde Cartago o por lo menos desde Salento.

Ya el viaje en dos días desde Cartago a Salento era sumamente pesado debido a la lluvia continua y a los hondos barrizales. Desde el ancho río de La Vieja, que cruzamos en una débil canoa cerca de Piedra de Moler, estábamos siempre en el bosque. Solamente pocos ranchos, de aspecto muy pobre, se encuentran aquí; son ellos avanzadas de la colonización antioqueña en esta montaña. En varios lugares del bosque encontramos tumbas marcadas con rústicas cruces. El hombre que, lejos de sus semejantes, pasa aquí su vida solitarios cazador, quiere al menos en la muerte estar en unión con otros; por eso desde muchas millas los colonos llevan sus muertos a estos sencillos campo-santos en la sombra de la selva. Desde el alto del Roble se ve al otro lado de las quebradas Boquía y Quindío, que se unen aquí para formar el río Quindío, el pueblo Salento, una nueva fundación y el último puesto del colonización sobre esta vertiente del Quindío. Aquí nos quedamos dos días para conseguir alquilados los bueyes necesarios para la carga, y para dar un descanso a las mulas antes de continuar el difícil viaje. El clima de Salento es suave y sano y las noches son frescas. El poblado, que se encuentra a dos mil metros sobre el nivel del mar, tiene una iglesia y cerca de 600 habitantes. Ante la llamada cárcel estaban sentados los señores presos, jugando naípe con su guardián y calentándose bebiendo aguardiente. En el estrecho valle de la quebrada del Quindío, las parcelas trepan hasta muy arriba, donde el antioqueño cultiva trigo y papa. Desde la plaza se domina hacia el norte la cordillera hasta muy lejos: El Quindio, el Morrogacho que cae casi verticalmente y el Páramo de Santa Rosa. El pueblo está cercado por todas partes de bosques que tienen un raro sombrío provocado por las blanquizcas hojas de los numerosos yarumos. Más allá de Salento empieza el verdadero camino del Quindío. La subida es muy pendiente. Ya sobre este lado se ven muchas de las delgadas palmas de cera (*Ceroxylon andicola*), que forman en la vertiente oriental y especialmente cerca de Tohecito y Cruces verdaderos bosques. La producción de cera ha disminuido considerablemente en comparación con los años pasados, pero desde hace algún tiempo se busca con éxito la cáscara de quina en los bosques del Quindío.

El 26 de febrero, cerca de las 11 de la mañana, llegamos al paso del Quindío (3.420 metros). No es del todo exacto denominarlo páramos porque la todavía exuberante vegetación no tiene aquí características de la que presentan El Aguacatal, El Ruiz, El Páramo de Petacas y aun la Cordillera Oriental; sobre todo no puede encontrar una mínima huella de frailejón (*Espeletia frailejón* o *grandiflora*). Ahora el camino se puso tan malo y difícil que nos obligó a andar grandes trayectos a pie. Hasta Toche se pasa por una selva cerrada y

sin claros, donde solamente encontramos dos ranchos muy pobres (las Cruces) que ofrecen al viajero una posada primitiva. En la quebrada Tochecito se trabajó antes una mina de oro, que ya hace años está abandonada. Cerca de Toche (2.300 metros) un pantano muy peligroso ocupa el estrecho valle de la quebrada del mismo nombre, obligando al viajero a montar un trayecto por la misma quebrada. Debido a descuido de los arrieros, algunos de mis animales de carga penetraron al pantano, y con mucho trabajo y pérdida de una hora los sacamos de ahí. Desde aquí el camino va paralelo con la quebrada Toche, o también Coello, sobre la vertiente sur de la cordillera que divide las aguas de los ríos Combeima y Coello. Aquí se encuentra en una altura de 2.110 metros la fuente termal de Agua Caliente, que corre hacia el Toche. Aumentan los cultivos y en el bosque ya hay claros más grandes. Una vez más todavía se sube a una considerable altura (2.610 metros) para luego bajar ininterrumpidamente hacia el valle del río Combeima al cual cruza un puente de hierro cerca de Ibagué.

Ibagué (1.300 metros) con ocho o diez mil habitantes, es la ciudad más grande del Estado. Ubicada en una región fértil y cultivada, la ciudad goza de una situación económica acomodada y sólida, y se distingue muy ventajosamente de las ciudades del Cauca por sus casas limpias y sus calles y plazas bien cuidadas. Aquí se encuentran las escuelas normales del Estado del Tolima para la formación de maestros y maestras, y en ellas trabajan durante algún tiempo muy fructuosamente profesores alemanes. Pero una posada no tenía Ibagué, y nos costó mucho trabajo encontrar al fin una casa desocupada que nos sirviera como tal. El comercio es de no poca importancia. Las mercancías europeas se traen casi todas de Bogotá, y la importación semanal de paños de algodón y lana se calcula en 1.200 bultos (de 75 kilos). Ibagué también tiene relaciones con Honda.

Después de una permanencia de varios días continuamos nuestro viaje a través del llano monótono y casi sin árboles; en Guataquí cruzamos el crecido Magdalena y el 2 de marzo llegamos a Bogotá.

LAS MEDIDAS DE ALTURAS DE F. v. SCHENCK EN COLOMBIA POR EL PROFESOR DOCTOR K. ZÖPPRITZ

El señor v. Schenck se proveyó para su viaje de dos instrumentos cuya adquisición y arreglo tuve yo a mi cargo. Encargué al señor L. Casella, en Londres, la elaboración de una aneroides con escala en milímetros y de un diámetro de 23/4 pulgadas inglesas, al parecer compensado y utilizable para alturas entre diez mil y diecinueve mil pies (número 19 en el catálogo de aneroides de Casella; precio 4,15 libras). Comparé este

instrumento con un barómetro normal construido por Herрман y Pfister de Berna durante varias semanas, dentro de un intervalo de presión de más o menos 30 m. m. y una diferencia de temperatura de 15°. Al parecer el instrumento era muy bien y fuertemente construido; durante su transporte entre Londres y Giessen la lectura no cambió más de un m. m. y trabajó dentro de los nombrados intervalos tan igualmente como el barómetro normal; así pues, no consideré necesaria la elaboración de una tabla de correcciones, además de que la mayoría de las observaciones con el instrumento se tomarían con una presión barométrica más baja, y en condiciones desconocidas para mí. Sin embargo los necesarios elementos de reducción tenían que suministrar un segundo instrumento, un termómetro de bolsillo de Fuess de Berlín, de 79° a 101° y con subdivisión en décimos. Este instrumento, provisto de un aparato para cocinar, semejante en su forma a un antejo de larga vista prolongable, lo comparé diariamente durante seis semanas con el barómetro normal; respecto a el punto de ebullición y su escala divisoria comparé también con dos termómetros normales de Geissler, igualmente con una división decimal. Para este fin se compararon una vez los tres termómetros en agua destilada e hirviendo, y otra vez respetando todas las reglas físicas de precaución, en benzol hirviendo cuyo punto de ebullición marca 79.4°³. Los puntos ceros de los termómetros normales se determinan antes y después, así que agregando la presión atmosférica se obtuvo la verdadera temperatura de los puntos de ebullición. Debido a este procedimiento no solamente se obtuvo el punto indicado exacto, sino también los valores exactos de la división de la escala, y así yo pude calcular una pequeña tabla que contenía la corrección para cada lectura, con cuya adición se obtuvo la verdadera temperatura. Desgraciadamente este instrumento sólo se usó al final del viaje. “Cuando llegué a Barranquilla”, así me escribió el señor v. Schenck, “muchas partículas se habían separado de la columna, aunque por medio de movimientos de rotación algunas de ellas pararon de nuevo al bolsón, y otras sólo bajaron hasta cierto grado donde se quedaron sin que nada les pudiera mover de allí. Durante el cocimiento se separaron otra vez las partes aparentemente unidas con la columna, y la parte superior de ésta se llenó con muchísimas y muy pequeñas partículas. Después de varios ensayos me convencí de que con el instrumento no se podían hacer observaciones. Ensayos en Medellín dieron el mismo resultado, y solamente cuando llegué a Bogotá tuve la sorpresa de encontrar la columna unida. Desde aquí hice las observaciones con el hipsómetro; en el camino sin embargo se separaron otra vez algunas partículas, pero no eran tan numerosas como antes y permitieron observaciones bastantes exactas”.

³ Químicamente no del todo puro, lo que es sin importancia, ya que sólo se trata de sostener durante algún tiempo una temperatura constante.

Cuando en el mes de noviembre de 1881 el instrumento con el aneroides llegó otra vez a mis manos, se encontraron en él tres hilos de mercurio separados entre sí, cuya longitud calculó exactamente el viajero y la tomó bien en cuenta para sus cálculos. Dos de los hilos de mercurio pude unirlos con la columna, mientras el tercero permaneció fijo, y tuve que resignarme a agregar la longitud de éste a la lectura de la observación. En este estado determiné el punto de ebullición, que desgraciadamente no pude comparar con el antes usado barómetro del gabinete matemático-físico de Giessen, sino que tuve que hacer la comparación con el barómetro normal del gabinete físico de Königsberg. En Gieseen la corrección para la línea 100° de la escala divisoria era igual a -0.16° , mientras que año y medio más tarde en Königsberg este valor era de 0.22° . Aquí debe estar incluida una posible diferencia causada por la tan distante ubicación de los dos barómetros normales de comparación, y como ésta es desconocida no se pudo tomar en cuenta. Una comparación del termobarómetro que realizó personalmente el señor v. Schenck en Bogotá con el barómetro de mercurio del señor Carlos Falen, dio con el punto de ebullición en 91.90° una corrección de -0.34 , la que según mi tabla ha debido ser de 0.24 . Según esto parecía comprobado un aumento de la corrección negativa en contra de mis primeras determinaciones. Sin embargo prefiero quedarme con la muy cuidadosamente elaborada tabla de corrección por las siguientes tres razones:

1. Tengo la mayor confianza en el barómetro normal de Giessen, porque dispone de un tubo con diámetro interior de 11 m.m. y que se llenó no hace mucho con mercurio puro y fresco.

2. El termo-barómetro ya tenía una edad de 5 a 6 años y era de muy fuertes paredes de vidrio, así que resultaba poco probable un cambio considerable;

3. Considerando la existencia de una corrección considerable, daría una presión atmosférica para el mes de mayo en Cartagena y Barranquilla tan baja como hasta ahora no se ha observado en ninguna parte de los trópicos a nivel del mar. La determinación de usar las primeramente calculadas correcciones también se justificó comparando los resultados de altura así obtenidos, con los mejores datos existentes, especialmente los de Reiss y Stübel, con los cuales coinciden exactamente, lo que no habría sucedido usando correcciones más grandes, como lo comprobé con cálculos de un número de puntos de observación comunes.

El aneroides cambió considerablemente su posición durante el viaje. Cuando lo recibí de nuevo había que agregar 21 m. m. para poder leer la verdadera presión atmosférica. Antes de empezar el viaje marcó en Barranquilla casi la presión verdadera; al terminar el viaje dio en la misma ciudad y en Cartagena una lectura de 6.8 m. m. más pequeña. Comparaciones realizadas por el mismo viajero con el termo-barómetro (en Bogotá al mismo tiempo con el barómetro de mercurio del señor Felen) dieron para Bogotá una presión

atmosférica verdadera de 559.5 m. m. y una corrección de 19.5 m. m.; en Caracas con 685.2 m. m. de presión un error de 11.3. Según estos datos se realiza el aumento de la desviación del instrumento exacta y proporcionalmente con la disminución de la presión, así que con una disminución de la presión atmosférica por un m. m. se debe agregar a la lectura del anerode una corrección de 0.0607 m. m. La tabla construida de 10 en 10 m. m. y calculada sobre lo anterior, empieza con la lectura de 750 m. m. y la correspondiente corrección de 6.7 m. m. y termina con la lectura de 490 m. m. y la corrección de 22.5 m. m. Pero exactamente ésta sólo tiene valor para las observaciones tomadas durante el tiempo que corresponda a la época entre la primera y la última comparación del anerode con el termo-barómetro (Bogotá y Caracas). Pero era de suponer que el estado definitivo se presentara mucho antes, o sea con su traslado a alturas superiores a 2.000 metros, porque solamente la continua exposición en una fuertemente disminuida presión atmosférica podría ser la causa del cambio, ya que el instrumento no sufrió, como me escribió el señor v. Schenck, ni caídas ni golpes y se encontró siempre en el bolsillo del chaleco o sobre la mesa del viajero. De todos modos la aplicación de la nombrada pequeña tabla para las observaciones hechas en Manizales, Cartago, Cali y otros lugares durante el mes de diciembre de 1880, han dado datos de altura que coinciden bastante bien con los de Reiss para justificar el procedimiento. El tiempo en que el instrumento sufrió los cambios más fuertes fue sin duda el de la subida desde Nare, en el valle del Magdalena, hasta la altiplanicie de Antioquia, a través del Alto del Perro de 1.255 metros, hacia Medellín (1.470 metros). Ya había presumido que el estado primitivo del instrumento se desplazaría hacia el definitivo entre Nare y el Alto del Perro en forma que el punto normal (760 m. m.) se desplazaría lenta y proporcionalmente de acuerdo con la altura sobre el nivel del mar, hasta alcanzar después de haber pasado el indicado alto, su posición definitiva. Al parecer pequeñas fluctuaciones de 2 a 4 m. m. se realizaron aún más tarde, según lo demostraron las respectivas observaciones en un mismo lugar. El promedio de las observaciones hechas en Medellín durante los meses de agosto y septiembre dio 627.7, mientras que el promedio de algunos días de noviembre dio 623.3. Del primero se deduce una altura de 1.463, y del último una de 1.498 metros. Por lo general muestra el instrumento, como la mayoría de los aneroides, unos efectos tardíos y elásticos de tal forma, que la posición de un mismo lugar se encuentra más baja si se llega a él de un lugar más alto, y más alta si se sube a él de un sitio más bajo. El viaje a través del alto de Santa Bárbara muestra que la diferencia puede subir hasta más de 4 m.m. En estos casos tomé el promedio de las lecturas observadas.

El error que resulta, debido a la influencia de la temperatura sobre el anerode, naturalmente no se pudo tomar en cuenta. El coeficiente de la temperatura era como en todos los aneroides de Casella muy pequeño, y durante el viaje se trató de evitarlo en lo más posible, llevándolo el viajero siempre en el bolsillo

del chaleco, o sea en una temperatura uniforme, sacándolo de ahí solamente para las observaciones. Pero parece comprobado que un aumento de la temperatura produce una reducción en la lectura, porque en todas partes donde el viajero se demoró por más tiempo y el anerode permaneció continuamente sobre la mesa, la primera lectura (generalmente a las 7 a. m.) era casi siempre sin excepción la lectura más alta, y hasta las 9 a.m. la presión atmosférica no subió, antes bien, parecía que bajaba en algunas fracciones de milímetro, mientras que en verdad el máximo sólo se presenta a las 9 a.m. Así que el enfriamiento nocturno provocó una subida exagerada del anerode, de tal manera que el aumento de la temperatura como consecuencia de la subida del sol, hizo retroceder la aguja más de lo que debía haber adelantado con el aumento de la presión atmosférica. El desconocimiento del coeficiente de la temperatura es la causa principal de que las alturas de los lugares donde se hicieron varias observaciones durante algunos días, tampoco sean más exactas que en aquellos lugares donde se tomó una sola observación. La fuente principal de esta dudas es la influencia de la temperatura del aire, que aumenta enormemente a medida que crece la diferencia altimétrica porque mientras más alta se encuentre la columna del aire entre los dos puntos observados, más precaria es la hipótesis de ayuda que se aplica desde Laplace; esto en el sentido de que la temperatura es igual al promedio aritmético que se obtiene de la temperatura de las capas más altas y bajas respectivamente. Incertidumbre de 30 a 40 metros en la determinación de alturas puede resultar así fácilmente. Por lo general las alturas están acertadas dentro de 20 a 30 metros; las situadas al occidente del río Magdalena son menos exactas que las del oriente del río. Para no aparentar una exactitud más grande por la que se puede responder, redondeé todas las cifras a décadas de metro.

Desgraciadamente no se encuentran observaciones sobre la presión atmosférica a nivel y sobre el mar en las costas colombianas, que abarcan un año completo. Para el mes de mayo las observaciones de Schenck durante 9 días en Barranquilla y Cartagena, controladas al mismo tiempo con el termo-barómetro, dan suficiente información. Durante el mes de febrero el señor Reiss hizo numerosas observaciones en Santa Marta, cuyo resultado está contenido en una tabla que puso el autor muy amablemente a mi disposición, y donde se anotaron las observaciones de cada hora desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, y reducidas a 0o de la posición del mercurio, más la temperatura del aire. Agregué a éstas todavía las observaciones de Boussingault de los meses de noviembre y diciembre de 1832, realizadas en La Guaira; son algo viejas, pero tomadas por un observador de primera categoría y con un excelente instrumento (Ann. Chim. Phys 2 me. Serie, T 25, p. 427). Según todos estos datos, la verdadera presión a nivel del mar oscila ligeramente alrededor de 7656 m.m. y yo, usando los promedios de estos tres meses como ordenadas, y

atravesándolas con una curva constante que hice subir algo durante la máxima declinación positiva del sol, obtuve promedios mensuales:

	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre
750+	6,5	6,8	6,5	6,0	5,7	5,8	6,0	6,0	5,8
	Octubre	Noviembre	Diciembre						
	5,8	5,8	6,2						

El señor Reiss encontró las siguientes oscilaciones de áreas alrededor del promedio:

	6 h	7h	8h	9h	10h	11h	12h	1h
Santa Marta	+0.1	+0.6	+1.0	+1.5	+1.1	+0.8	+0.4	+0.0
Bogotá	+0.1	+0.4	+0.9	+1.2	+1.2	+1.0	+1.6	+0.1

	2h	3h	4h	5h	6h	7h	8h	9h
Sta. Marta	-0.5	-1.0	-1.0	-1.0	-1.0	-0.7	-0.3	-0.0
Bogotá	-0.4	-0.8	-0.9	-0.9	-0.7	-0.6	-0.3	-0.05

Para la temperatura al nivel del mar usé como base el promedio mensual de Maracaibo, que da para el mes de febrero casi la misma que encontró el señor Reiss en Santa Marta, pero que en noviembre tiene casi 2° más que la que encontró Schenck en la costa colombiana, razón por la cual la modifiqué algo para el mes de mayo.

Los valores de la presión atmosférica en Santa Marta sirvieron como base para los cálculos y dieron así directamente las alturas absolutas sobre el nivel del mar. Para la mayoría de los lugares, especialmente los situados de ciertas alturas para arriba, habría sido más racional calcular la diferencia altimétrica con Bogotá, ya que de esta ciudad existe una serie de observaciones de un año completo de Boussingault (Ann. Chim. Phys, 2me. Serie, T,34, p. 203). Los resultados así obtenidos solamente tendrán diferencias que serían más pequeñas que los casuales errores que contienen.

Los cálculos se hicieron con las tablas de altura para barómetro de Jordan. Debido a que estas tablas están calculadas para la Europa Central, era necesario estudiar cómo cambiarían los valores de altura para la

latitud geográfica de Colombia y sus condiciones de humedad atmosférica. El factor de reducción depende de la altura misma, y aumenta no poco con ésta. La humedad por el contrario disminuye con la altura. Mientras en la costa la tensión promedio del vapor es de 19 m.m., las observaciones psicométricas de Reiss dan para Manizales una presión atmosférica media de 595 m.m., una tensión de vapor de 12,2; para Bogotá con presión atmosférica de 561, la tensión de vapor es de 9.1. El factor de reducción de las tablas de Jordan calculado para las cifras válidas en la Europa Central, sería según esto, para la costa de 1.007, para Bogotá de 1.006. La cifra 1.007 es suficiente para todos los lugares colombianos, y yo la apliqué en todos los casos.

COORDINACIÓN DE LOS RESULTADOS DE LAS ALTURAS DETERMINADAS

Por F. v. Schenck

M

1	Barranquilla	7
2	Jesús del Río	14
3	Zambrano	22
4	Bocas de Tacaloa	27
5	Yatí	28
6	Magangué	28
7	Hatillo de Loba	17
8	El Banco	24
9	El Regidor	55
10	Bifurcación Morales-Ocaña	63
11	Rosario	85
12	Boca del dique de Paturia	102
13	Barrancabermeja	101
14	Boca Opón	103
15	Boca Carare	121
16	Vuelta de Acuña	113
17	Puerto Berrío	145
18	Nare	130

19	Islitas	155
20	La Mesa	500
21	Alto del Bagre	620
22	Río Bagre	190
23	Alto de Samaná	340
24	Río Samaná	200
25	Guadualito	710
26	A. de Espejuelos	30
27	A. de la Ciénaga	30
28	Las Trojas	30
29	Canoas	840
30	A. de Canoas	990
31	A. de la Yore	980
32	La Yore	800
33	A. de Bejuco	1.070
34	Buenavista	1.280
35	San Carlos	1.100
36	Las Quebradas	1.100
37	A. del Chocó	1.530
38	A. de Tiembla	1.650
39	Quebrada de la Caldera	1.490
40	A. de la Caldera	1.890
41	Quebrada Tafetanes	1.960
42	Alto del Perro	2.220
43	Hacienda Cucurucho	4.040
44	El Peñol	1.800
45	Marinilla	2.040
46	Quebrada Salazar	2.080
47	Medellín	1.480
48	A. de Santa Helena	2.530

49	Venteadero	2.170
50	A. de Medina	2.620
51	San Pedro (Plaza)	2.460
52	A. de Santa Bárbara	2.640
53	Río Chico (posada)	2.470
54	Río Chico (puente)	2.250
55	A. del Peñol	2.530
56	Quebrada adelante de Entrerríos	2.350
57	Entrerríos (plaza)	2.290
58	Río Grande (puente)	2.330
59	La Cabuya	2.500
60	Quebrada Santa Ana	2.440
61	Quebrada San José	2.500
62	Santa Rosa de Osos (plaza)	2.540
63	Malambo (sitio)	2.490
64	Quebrada San Juan (¿San José?)	2.420
65	La Trinidad (mina)	2.500
66	Las Cruces (mina)	2.410
67	Quebrada Las Cruces	2.500
68	Quebrada Cuestas	2.560
69	A. entre quebrada Cuestas y San José	2.640
70	Quebrada San José	2.590
71	Quebrada Guanacas	2.170
72	A. de la Carolina	2.440
73	La Carolina (plaza)	1.830
74	Quebrada Herradurita	1.860
75	Quebrada Herradura	1.790
76	A. del Chicharrón	2.030
77	Quebrada Santa Gertrudis	1.670
78	Higuerón (rancho más alto)	1.930

79	A. del Oratorio	1.970
80	Altura adelante de la Montañeta	2.400
81	La Montañeta	2.400
82	1ª A. entre Montañeta y quebrada San José	2.590
83	2ª A. entre Montañeta y quebrada San José	2.620
84	3ª A. entre Montañeta y quebrada San José	2.660
85	Quebrada entre Cuestas y Las Cruces	2.530
86	Quebrada Muñoz	2.400
87	A, entre Riogrande y Entreríos	2.410
88	A. de Santa Bárbara (punto más alto)	2.680
89	Vega de Niquía	1.500
90	Río Porce	1.480
91	Puente adelante Itagüí	1.450
92	Itagüí	1.470
93	Bifurcación del camino hacia Estrella	1.730
94	Caldas (plaza)	1.760
95	A. San Miguel	2.660
96	Santa Bárbara (plaza)	1.820
97	Altura a	1.620
98	Sitio Viejo	1.180
99	Puerto de Caramanta	650
100	Higuerones	930
101	A. Palmar	1.520
102	A. Potrerillo	2.240
103	A. del Obispo 1ª altura	2.350
104	A. del Obispo 2ª altura	2.440
105	A. del Obispo 3ª altura	2.330
106	Caramanta (plaza)	2.130
107	Quebrada hacia el Arquía	1.670
108	Quebrada Arquía (puente)	1.580

109	Taizá	2.060
110	Chandía	1.580
111	Marmato (parte central del pueblo)	1.410
112	La Quebrada	1.040
112	Cauca en el puente de Cana	700
113	Río Pozo (puente)	730
114	Monte Bonito	1.090
115	Volcán Azul	1.370
116	A. de Cruces	1.690
117	El Tambo	1.810
118	La Trampa	1.860
119	Llanadas	1.920
120	Quebrada del Palo	1.740
121	Quebrada Maivá	1.090
122	Filadelfia (plaza)	1.590
123	Quebrada La Honda	
124	Quebrada La Honda	1.350
125	El Morrón	1.680
126	Confluencia de Tarea y Muelas	1.240
127	Altura entre Tarea y Tapias	1.740
128	Quebrada Tapias	1.540
129	Canta Delicia	1.850
130	A. de Neira	2.100
131	Quebrada Guacaica	1.580
132	Manizales	2.120
133	Quebrada Chinchiná	1.330
134	San Francisco	1.430
135	Las Guacas	1.740
136	Santa Rosa de Cabal	1.760
137	A. del Oso	2.100

138	Río Otún (puente)	1.480
139	Pereira (plaza)	1.480
140	Quimbaya (hacienda)	1.290
141	Cartago	940
142	Cali	1.020
143	Buenos Aires	1.240
144	Popayán	1.770
145	Camino del Quindío Altura a	1.190
146	Altura b	1.200
147	Río de la Vieja	990
148	Altura c	1.180
149	Altura d	1.250
150	Los Tambores	1.240
151	Las Pavas	1.640
152	Altura e	1.850
153	Altura f	1.940
154	Altura g	2.150
155	Quebrada Boquía	1.800
156	Salento (plaza)	2.000
157	Altura h	2.980
158	Altura i	3.240
159	Paso del Quindío	3.420
160	Altura k	3.200
161	Altura l	3080
162	Quebrada Tohecito	2.630
163	Altura m	2.740
164	Cruces	2.680
165	Altura n	2.650
166	Toche	2.030
167	Altura o	2.220

197	Los Tivales	1.590
198	A. del Raizal	1.730
199	Guaduas	1.030
200	A. del Sargento	1.400
201	Caracolí	200
202	Guarumo	200
203	Cartagena	4
204	Caracas	870

Para terminar suministro aquí todavía una serie de datos de altura sobre el nivel del mar de la superficie del río Magdalena. Ellos no son el resultado directo de cálculos, sino que se obtuvieron de estos promedios de igualaciones gráficas, evitando así las irregularidades del declive. Como base exacta sirve la altura de Honda (hotel = 189 m.) determinada por el señor Reiss durante cinco días de observaciones; también las cifras de la parte inferior del río, obtenidas por este viajero, coinciden dentro de ciertos límites con las siguientes cifras:

	M		M
Barranquilla		Santander	93
Jesús del Río	10	Barrancabermeja	97
Zambrano	18	Opón	100
Tacamocha	20	Boca Carare	109
Boca de Tacaloa	24	Vuelta de Acuña	117
Yatí	25	Puerto Berrío	126
Magangué	27	Garrapata	128
Hatillo de Loba	43	Nare	139
El Banco	45	Conejo	167
El Regidor	54	Caracolí	182
Bifurcación Morales-Ocaña	60	Honda (río)	184
Rosario	71	Honda (hotel)	189
Boca dique de Paturia	78	Guataquí.230	

En la siguiente tabla se encuentran ahora las cifras del señor v. Schenck (no redondeado) comparadas con las de otras observaciones anteriores. Las observaciones de Steinheil las calculé de nuevo sobre los datos originales (Peterm. Mitteil. 1876, S. 281); lo mismo los de Reiss sobre las lecturas de las observaciones, amablemente puestas a mi disposición por el viajero. De las Boussingault sólo calculé de nuevo la de Bogotá, pero las otras, igual a las de Humboldt (que aparecen en la columna de Reiss con una H) las tomé de la obra de Oltmanns, Astrinomische und hypsometrice Grundlagen der Erdbeschreibung, I, Stuttgart y Tübingen 1831, p. 52 pp, (bases astronómicas e hipsométricas para una descripción de la tierra). Un cálculo nuevo de éstas, daría para todas alturas inferiores. En paréntesis se agregó el número de las observaciones, que exceden de una.

LUGAR	v. Schenck	Steinheil	Reiss	Boussing
Nare	126	134 (2)		
A. de Guadualito	715	723		
Canoas	839	833 (2)		
Buenavista	1.276	1.326		
San Carlos	1.011	1.12		
Peñol	1.792 (2)	1.913		
Marinilla	2.035	2.095		
Medellín	1.469 (24)	1.488 (10)		
A. de Santa Helena	2.529	2.590		
Marmato (centro)	1.407 (2)			1.469
A. del Tambor	1.814			1.834
Guacaima	1.580	1.535		
Manizales	2.124 (7)	2.143 (3)	2.137 (7)	
Guaca	1.738	1.750		
Pereira (Cartago Viejo)	1.477	1.468	1.411	
Cartago (plaza)	943 (7)	968 (3)	904	
Cali (plaza)	1.018 (4)		1.004 (3)	
Popayán	1.766		1.752 (15)	1.804
Las Pavas	1.635	1.670		

Quindío	3.422	3.436	3.504 H	3.363
Las Cruces	2.681	2.440 (?)		
Ibagué	1.305	1.301 (2)		
Tocaima	407		402 (2)	
Anapoima	727		688	757
La Mesa	1.305		1.280 (2)	1.309
Bogotá	2.607 (17)	2.630 (9)	2.614 (28) 2.661 H	2.637

En Bogotá la cifra de Reiss se refiere al observatorio mientras la de Schenck al gran Hotel; la última cifra no puede competir con la de Reiss. Pero la serie de observaciones de un año de Boussingault y Rivero da sin embargo para el observatorio la cifra de 2.637 metros (Oltmann calculó 2.643 m.)

Respecto a Marmato, Boussingault explica claramente que tomó sus observaciones en la parte alta de la población. Algunas diferencias no se pueden explicar satisfactoriamente. (p.e. Cartago, Anapoima). Pero en conjunto muestra la comparación que un buen aneroide, controlado con un buen termo-barómetro, y haciendo de ambos instrumentos un exacto estudio de las diferencias antes y después de las observaciones, es capaz de suministrar también resultados aceptables en las cordilleras.

ALTURAS DE ANTIOQUIA SEGÚN WHITE⁴

M

Caldas	1.700
Fuente de la Quebrada Lejía	1.883
Quebrada Sinifaná en el cruce del camino de Amagá hacia Fredonia	1.027
Quebrada Sinifaná en cruce camino Fredonia – Titiribí	743
Quebrada Sinifaná en cruce camino Titiribí – Bolívar	533
Sierra Charrascal	693
Desembocadura del San Juan en el Cauca	500

⁴ El ingeniero Franklin White estudió para Cisneros en el año de 1878 el terreno desde Medellín hacia el Cauca para el trazado de un ferrocarril, y determinó estas alturas por medio de un aneroide; los resultados están publicados en el libro de Cisneros “Ferrocarril de Antioquia” Nueva York, 1880.

Paso de Margallito (sobre el Cauca)	512
Puente sobre el río Barroso	533
Desembocadura del Guadualejo en el San Juan	912
Andes, plaza, promedio de tres observaciones	1.259
Jardín	1.807
Los Volcanes (entre Jardín y Riosucio)	3.058
Quebrada Arroyo Hondo (entre Jardín y Riosucio)	2.755
Riosucio (plaza inferior)	1.789
Alto Robado (entre Riosucio y Guaticá)	2.233
Guaticá (plaza)	1.895
Río Oro (entre Guaticá y Arrayanal)	1.515
Río Rizaralda, paso después de Arrayanal	1.486
Guapá (fuente del San Juan del Chocó)	967
Paramillo de Andes	2.728
Puente sobre el río Claro	1.479
Paso en la cordillera entre el Dojurgo y Rizaralda	2.528
Desembocadura de la quebrada La Palma en el Rizaralda	2.197
Desembocadura de la quebrada Mampai en el Rizaralda	1.707
Río Rizaralda, paso de Umbría	1.240
Río Rizaralda, paso la Hondura	1.143
Ansermaviejo	1.731